héroes del ESPACIO

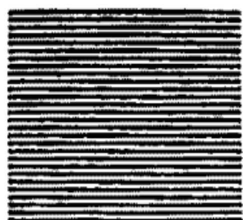
NOVELAS ECSA

VIDAS SIN FIN

LEM RYAN

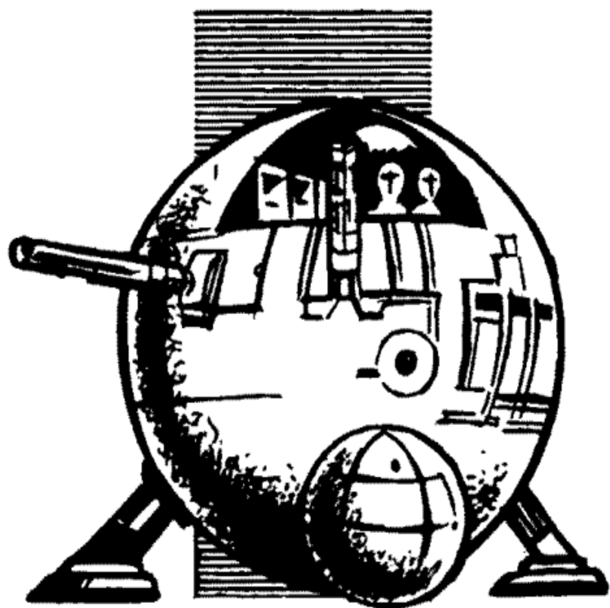


SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

126 — Enviados del Cosmos, Law Space
127 — La invasión de las esporas, Elliot Dooley
128 — Cofradía de asesinos, A. Thorkent
129 — Kirgon: conquistar la Tierra, Adolf Quibus
130 — Aventureros del infinito, Law Space
131 — Pescando planetas, Lucky Marty
132 — Prisioneros del enigma, Rocco Sarto

LEM RYAN

VIDAS SIN FIN

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 133
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84—85626—56—7
Depósito legal: B. 32. 081—1982

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición:noviembre,1982
2.a edición en América:mayo,1983

© Lem Ryan — 1982
texto

© Fabá — 1982
cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

El vehículo blindado que momentos antes atravesaba la árida sabana se detuvo al ver su conductor que el paso estaba obstruido. Vanzet—ur miró por encima del hombro del conductor. Lo que vio le quitó los pocos ánimos que tenía acerca de la posibilidad de salir vivos de aquella empresa.

La jungla, con toda su exuberante vegetación, se extendía ante ellos. No cabía la menor duda de que era bonita pero Vanzet—ur sabía, incluso con la poca experiencia que poseía, que incluso tras la belleza puede esconderse la Muerte.

Estaba seguro de que aquella misión no iba a acabar felizmente. No abrigaba este temor sólo por los desconocidos animales que pudieran habitar aquellas junglas. Después de todo, por muy feroces que fueran, la razón seguiría estando de su parte.

No, su temor era más tangible, más real que el que pudiera sentir por lo desconocido. Era la Guerra la que originaba su miedo. El terror a un enemigo hacia una sombra que se arrastraba cautelosa al amparo de la vegetación...

¿Una sombra...?

En sus pensamientos penetró, fugaz como un rayo, la duda. ¿Había visto de verdad una sombra entre el denso boscaje o sólo era una mala pesada de su imaginación?

Forzó la vista.

No, ya no se veía nada.

Sus pensamientos fueron cortados por la voz del que en aquellos momentos era su superior inmediato y al cual debía obedecer. Sus palabras sonaron al principio algo lejanas y después con nitidez.

—Bien, muchachos, ahora debemos seguir a patita. Recordad que tenéis que ir con los ojos muy abiertos y fijaros en todo. Cualquier cosa que se parezca remotamente al Renegado Donar... abatidla —silabeó.

Poco después, los tres hombres que componían el grupo se internaban en la jungla. Buscando algo. Tal vez a alguien. En todo caso, sus intenciones resultaban evidentes...

* * *

El largo machete cortó limpiamente la vegetación que le cortaba el paso.

Bufó, disgustado. Aquellas plantas resultarían una pista tan clara como el agua del río cuya orilla recorría.

Los que le perseguían se alegrarían de saber que su búsqueda no resultaba fútil.

Si seguía dejando unas huellas tan claras no tardarían en dar con él. Y si lo lograban...

No. No debía pensar en algo semejante. Debía escapar, no dejarse atrapar por la Brigada.

Los conocía bien. No en vano fueron sus compañeros. Sabía que serían capaces de ejecutarle sin la menor vacilación, sin acordarse de que habían sido camaradas durante meses. Después de todo, él seguía siendo un renegado, un desertor... y no podía esperar nada; salvo la muerte.

La Muerte.

Fue precisamente por ella que lo abandonó todo: su vida, sus amigos... Incluso el Amor, pensó con amargura. Sí, hasta el amor. Y todo porque en el Mundo, su Mundo, imperaba un reino de violencia y muerte debido a la guerra.

Maldijo algo entre dientes mientras echaba mano a su machete. Sin embargo antes de llegar a tocarlo desechó la idea. No debía dar más pistas a sus perseguidores. Aquellos matorrales podía franquearlos por otro lado.

No contó, entonces, con los ignorados peligros que albergaba la jungla y así, no vio la negra figura que, agazapada, le observaba con ojos malignos tras la densa vegetación que había a sus espaldas. Sin embargo, percibió la extraña sensación de que era observado. Fue ésa la razón de que se volviera y viese, tras el cristal protector de su casco, cómo la Muerte, vestida de ébano, saltaba hacia él.

Como la mayoría de los habitantes del planeta, Donar no conocía la fauna de las selvas pero, de haber sabido qué amenazas le

acecharían, seguramente no habría penetrado en ellas. Si hubiera sabido que existía aquella negra y esbelta bestia salvaje de ojos rasgados y fosforescentes, provista de grandes y agudos dientes en unas fauces terroríficas y de fuertes zarpas con escalofriantes garras retráctiles, no habría desertado. Pero ya era tarde para lamentaciones. Tarde, incluso, para sacar su enfundado machete o para levantar el cañón de su arma. La bestia hambrienta ya estaba sobre él...

Fue su instinto de supervivencia lo que le hizo actuar tras el primer instante de terror. Sus brazos se adelantaron, para evitar que su garganta fuera destrozada a causa de una feroz dentellada.

Las fauces del hambriento animal se cerraron en torno a su brazo diestro, haciéndole emitir un atroz aullido de dolor al sentir que aquellos colmillos penetraban en su carne y desgarraban brutalmente los músculos.

Al mismo tiempo, tras un seco impacto que obligó a Donar a caerse, el felino se enroscaba alrededor del cuerpo de su víctima, clavándole profundamente las garras.

A Donar el dolor se le hizo casi insoportable. Sintió el desagradable aliento de la bestia contra su cara y supo que iba a morir. Pero siguió luchando. No abandonó su vida por altos ideales sólo para dejarse matar por una bestia sin mente.

Intentó desesperadamente apartar lejos de sí a la fiera pero era más fuerte que él. De pronto, la esperanza le animó. Su zurda se había apoyado gracias a la Providencia en la empuñadura de su machete. Lo sacó de su funda mientras notaba que el suelo estaba lleno de charcos de su propia sangre y que de sus horrendas heridas brotaba el fluido vital a borbotones. Ya no sentía apenas su diestra y se preguntó si no habría sido cercenada limpiamente.

Apoyó el machete sobre la peluda panza de la fiera sanguinaria y apretó con todas sus fuerzas. La afilada hoja atravesó la tersa piel y se hundió hasta la empuñadura en el estómago, en medio de un baño escarlata.

El animal emitió un quejido lastimero y su presunta víctima sintió que la tenaza sobre su brazo aflojaba. Instantes después, el moribundo animal se desplomaba sobre él.

Con gran esfuerzo, apartó el cuerpo inerte de sedosa piel de encima suyo y logró ponerse en pie.

Su traje estaba hecho jirones. Incluso su casco se rompió ante la salvaje acometida de lo que para él era un monstruo abominable.

La sangre brotaba sin cesar de sus heridas y agudos dolores le acometían cada vez que se movía. Por la herida de su brazo, ya inútil, pues no conseguía moverlo, se veía el hueso, lleno de astillas blanquecinas, a través de un espantoso desgarro en músculos, tendones y venas.

La herida era realmente monstruosa y Donar supo que aquel brazo ya no tenía salvación. Podía darse por contento estando vivo, pensó.

Tambaleándose, comenzó a andar, sin preocuparse de recoger su machete, aún clavado en la panza de la bestia azabache. Sus posibilidades de supervivencia habían disminuido, no sólo porque sus heridas podían empeorar sino también porque su traje estaba prácticamente destrozado, con lo que quedaba a merced de las posibles enfermedades que pudieran inocularle los insectos de agudo aguijón que zumbaban a su alrededor. Contra ellos nada podían los proyectiles de sus armas.

Bebió algo de agua del recipiente que pendía de su cinturón y prosiguió, no sin antes percatarse de que la sangre que dejaba por el camino podía delatarle.

De pronto, oyó un ruido...

No le cabía la menor duda. Era el inconfundible sonido de una rama al quebrarse bajo el peso de una bota.

Rápidamente, se ocultó tras unas enormes plantas de curiosa hoja y esperó, con el arma a punto.

Lo que vio le cortó la respiración. Tan grande fue su sorpresa que incluso olvidó, de modo momentáneo, el dolor de sus heridas, concentrándose por completo en lo que había ante él.

Pensó que quizás estaba mucho peor de lo que él al principio pensó y la fiebre le hacía delirar. Pero, no. No era posible. Aquello era tan vivido, tan real... Como surgidos de la más alucinante pesadilla que hombre alguno pudiera imaginarse, aquellos horribles seres se movían muy rápidamente a lo largo de un gran claro entre la lujuriante vegetación. Pero, cosa extraña, a pesar de su rapidez al trasladarse, no parecían tener prisa ninguna. Era... como si aquélla fuera su forma de andar. Porque andaban, de eso Donar estaba seguro. Por lo menos, se trasladaban con unas extremidades

inferiores muy parecidas a las suyas aunque, claro está, con algunas pequeñas diferencias.

Eran... horribles. Por lo menos eso pensó Donar al ver aquellos antropoides menudos, del tamaño de un niño, de piel apergaminada, tan delgada que parecía traslúcida, viéndose a su través unas gruesas venas azuladas. Eran delgados, muy delgados. Casi esqueléticos. Este factor, unido a su insignificancia física, hacía que su cráneo prominente estuviese desproporcionado con el resto del cuerpo.

Donar sintió que su frente ardía al ver el tamaño, casi doble con respecto al humano, de aquellos cráneos. Pero no sólo aquello le hizo retroceder lleno de pánico de entre las malezas donde se guarecía.

Fue al ver por primera vez el rostro de una de las criaturas y advertir en aquella cabeza cubierta materialmente por gruesas venas la existencia de unos ojos redondos, totalmente negros, muy grandes, y unas aterradoras mandíbulas parecidas a las de algunos himenópteros, cuando sintió auténtico pavor hacia aquellos seres. El no conocía los distintos tipos de insectos de su planeta pero aquellas mandíbulas hacían que un escalofrío recorriese su espalda, al mismo tiempo que descubría que no poseían ningún tipo de orificio nasal.

Tras la horda de rápidos y atroces seres había algo que Donar no vio nunca antes en su vida. Parecían dos brillantes y amarillentas esferas unidas entre sí, que flotaban a pocos metros del suelo.

No quiso ver nada más.

Cautamente, en silencio, Donar comenzó a retroceder, temeroso de que pudieran descubrirle. No fue así y pronto se halló a prudente distancia. Pero siguió caminando.

Caminar...

Desde que huyó del Sistema eso era lo único que había hecho.

Caminar...

A veces caer... para volver a levantarse y seguir andando. Caminando a través de aquella densa selva, sin duda plagada de peligros.

Cayó, al fin, tras una agotadora marcha. Pero esta vez no volvió a levantarse. Estaba demasiado débil. Su piel ardía y su cuerpo se estremecía con temblores convulsos.

Su brazo herido estaba céreo, casi lleno por completo de sangre coagulada. Intentó levantarse. No podía, no quería morir. Casi lo logró pero, finalmente, se desplomó, ya inconsciente.

CAPITULO II

No sabía dónde estaba. Tampoco qué clase de mundo sería aquél.

La selva había desaparecido, convirtiéndose en Nada.

El espacio que le rodeaba parecía infinito o, por lo menos, tan inmenso que no acertaba a encontrar el final con la vista. Sin embargo, aquel espacio no se parecía al que rodeaba su planeta natal: negro y tachonado por incontables estrellas. No, aquél no era así. Era blanco, de un blanco luminoso y puro como jamás vio.

¿Sería ése el mundo que esperaba a todos después de la muerte? ¿Era posible que ese universo en el que parecía hallarse colgado, como si su luminosidad fuera sólida, fuese el Más Allá? Si era así, los dioses no fueron justos al crear semejante mundo como morada eterna para los que les sirvieron en vida. Aunque también era posible que fuese el castigo para los injustos...

¿Había merecido él la furia divina al abandonar su patria y traicionar a sus semejantes? ¿Estuvo equivocado durante toda su vida con falsas ideas de justicia?

—No, Renegado —la voz pareció brotar de todas partes en aquel insólito mundo. Pero, al mismo tiempo que poderosa, era dulce y amable, sin estridencias desagradables—. Nunca estuviste equivocado en el camino que recorrías. En verdad son la Justicia y el Amor los únicos senderos que todas las criaturas deben seguir si quieren hallar la Felicidad. Ese es el legado que todos los dioses han dejado a los mortales. Y tú, hasta ahora, has hecho caso a las palabras que ellos susurraban en tu alma. ¿Por qué ahora, que te hayas frente a lo Desconocido, dudas de la veracidad de tus ideales? No, no dudes, Renegado. Este no es el mundo que aguarda tras la Vida. Es éste un mundo entre los mundos. Una zona dentro del mismísimo Universo totalmente indetectable para los seres que lo habitan. Un Plano de Existencia muy diferente al nuestro, del que yo no puedo escapar, en el que estoy atrapada sin posibilidad de regreso a mi mundo, destinada a pasar la eternidad dentro de este Caos informe.

—¿Quién... quién eres tú, cuya voz parece surgir hasta de mí mismo? ¿Dónde estás, que no puedo verte, y por qué hablas de Gloria y Perdición como si ambas te estuviesen negadas? —preguntó, buscando desesperadamente el origen de la voz.

—Soy la Verdad, la Luz que ha servido de guía para muchos seres. Soy una criatura nacida más allá de las estrellas que se ven desde tu planeta que ha dedicado su interminable vida a ayudar a las criaturas del Cosmos que no tenían tanta suerte. Pero, bien sea por voluntad de los dioses a los que adoro o por capricho del Destino inexorable, he quedado prisionera aquí. Y aquí debo esperar la eternidad en un tormento sin fin.

—Quisiera ayudarte si pudiera, noble criatura.

—No puedes ayudarme pese a que sé que ése sería tu deseo. No podrías entrar aquí por mucho que lo deseases. Sólo un accidente fortuito ha hecho que podamos comunicarnos y pudieses ver el lugar que es mi prisión. Sin embargo, el fallo cósmico que lo permitió ya se está reparando. No estarás aquí mucho tiempo más. Te deseo suerte. Adiooooossss...

Su cabeza parecía girar locamente. Todo se volvió oscuro

alrededor suyo. Luchaba con fuerzas de titán por seguir consciente, por encontrar un método para ayudar a aquel pobre ser atormentado, pero... no lo logró.

* * *

El kaider Denek miró con desprecio la inerte figura tendida en el suelo. Al fin tenía ante él la oportunidad de acabar con el Renegado y ganar un buen ascenso.

Sería muy fácil apuntar y disparar en ese mismo momento pero él quería disfrutar con el sufrimiento del Traidor. Deseaba que se arrastrase ante él suplicando piedad para rematarle como a un perro.

Miró luego a los jóvenes guerreros que le acompañaban. Ambos parecían muy impresionados por el estado lamentable del Renegado. Él no sabía qué clase de fiera podía causar tales heridas pero no le impresionaba en absoluto, aunque debía reconocer que podía ser muy peligrosa.

Habrían de estar preparados contra cualquier posible ataque, tanto por parte de las sanguinarias fieras que moraban en aquellas junglas como por los srennacs, los guerreros enemigos del Sistema que se ocultaban en las montañas.

El Renegado comenzó a moverse. Denek le apuntó con su arma, intentando en vano ocultar una malévola sonrisa.

Donar abrió los ojos pesadamente y se encontró frente al cañón de un arma que parecía mirarle como si se tratase del oscuro ojo de la Muerte. Empuñando el arma había un hombre vestido con uniforme rojo cuya mirada, tras el cristal protector del casco, estaba llena de odio y desprecio. Le reconoció en seguida: era Denek, el kaider de la Brigada.

—Bien venido al mundo de los vivos, Renegado Donar —se burló Denek—. Al parecer le gusta tanto que no ha querido abandonarlo. Pero mucho me temo que será imposible que permanezca mucho más en él.

—Si quieres que te diga la verdad, mi «querido». kaider, prefería el otro mundo. Por lo menos allí no veía tu sucia cara —escupió Donar, hiriente.

—Vuelve a decir algo parecido y juro que tu muerte será el peor caso con el que se enfrenten los dioses —silabeó el soldado, colérico.

Donar calló, no por miedo, sino porque no deseaba precipitar su muerte por una tontería.

El hombre que fuera tiempo atrás su subordinado y que ahora ocupaba su puesto le hizo una señal para que se levantase. Como un autómata, obedeció, mientras su mente se llenaba de una vorágine de pensamientos.

Pensó, con desaliento, que no tenía ninguna posibilidad. Su arma le había sido arrebatada y su brazo derecho estaba peor que nunca. No podía atacarles y, si echaba a correr, le abatirían con rapidez.

Optó por mostrarse dócil en espera de alguna oportunidad. No sabía cuánto tiempo le permitirían vivir pero pensó que quizás Denek buscase un buen ascenso si le llevaba vivo a Lamba, la capital del Sistema. Allí, los rectores le juzgarían y Denek sería visto como un héroe.

Denek le instó a caminar, cosa que hizo en el acto, retrocediendo por el mismo camino que usó antes en dirección contraria. Detrás suyo iban los tres brigadas, encañonándoles con sus armas.

Su desmayo le sirvió de mucho pues, aunque débil aún, recuperó bastantes fuerzas y, sobre todo, ánimos.

Caminaron durante largo rato, en dirección a la salida de aquella lujuriante y espesa jungla. Cuando se hallaron justo en el lugar donde Donar fue herido por la fiera de ébano, éste tuvo, por segunda vez desde su entrada en aquel peligroso lugar, la sensación de que era observado.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral al recordar el ataque del felino que le inutilizó el brazo. Sin embargo, aquella vez sus cabellos se erizaron de horror y sintió que la atmósfera se espesaba, haciéndose casi asfixiante, mientras su corazón de pronto se desbocaba y semejaba saltar en su pecho. Casi podía sentir la respiración del ser que les espiaba.

Se volvió, dejando de caminar, y sus ojos se encontraron con los de un muchacho moreno que formaba parte de la Brigada y que, momentos antes, miraba nerviosamente en derredor. Advirtió en seguida, incluso tras el casco, la mirada febril e inquieta del joven, igual que unas brillantes gotas de sudor que resbalaban por su frente. Supo que no sólo él captó el peligro.

El kaider Denek apuntó receloso al Renegado y fue a decir algo con seguridad hiriente para el prisionero, pero Donar no le dejó. Su

voz sonó clara y potente cuando gritó:

—¡Cuidado!

Denek miró hacia donde estaban posados los ojos del Renegado. El horror asomó en seguida a sus pupilas. ¡Aquel pequeño ser de enorme cráneo y aterradoras mandíbulas no podía existir!

El menudo monstruo saltó hacia él con inusitada ferocidad. Sus pequeñas manos estaban provistas de durísimas y agudas uñas que laceraron la carne del kaider después de desgarrar su uniforme. Este no perdió tiempo. El cañón de su arma apuntó a la barriga del enano y su dedo se crispó en el gatillo.

El subfusil tronó y una salva de disparos salió del cañón, atravesando con limpieza a la extraña criatura. Sangre azulada brotó a chorros por los espantosos boquetes, ensuciando el uniforme del kaider.

La criatura cayó a tierra, inmóvil, pero Donar vio, con horror, que la pesadilla acababa de empezar. Docenas de criaturas menudas les rodeaban, contemplándoles fijamente con sus negros ojos.

De un ágil salto, a pesar de su brazo inútil, llegó hasta el cadáver, ya maloliente, del felino que tiempo atrás le atacó. Sacó el machete aún ensartado en la bestia muerta y lo empuñó con fiereza, mientras sus celadores comenzaban a disparar contra aquellos seres.

Uno de ellos se acercó a él. Donar levantó el machete, dispuesto a segarle la garganta, pero algo le contuvo. Los negros ojos del pequeño hombrecillo, que continuaba impertérrito, parecían brillar como carbones encendidos.

Su mirada parecía subyugarle. Se sintió perdido por completo y, sin que supiera por qué lo hacía… soltó el machete, dejándolo caer a tierra.

Una vez más, la oscuridad volvió a rodearle.

CAPITULO III

—Es, sin duda alguna, un precioso ejemplar de su especie —exclamó el Explorador que comandaba la expedición galáctica, mirando con sus oscuros ojos al extragaláctico tendido en las Cámaras de Soporte de Vida. Tras los cristales de otras Cámaras similares, todas ellas cúbicas, había otros tres ejemplares de aquella rara especie capturada—. Los otros también lo son, pero éste es algo excepcional, si nos atenemos a los criterios de la Exploradora Tsi—Li L—54W.

—Así es —habló una de aquellas criaturas con su extraña voz—. Tenemos informes que hablan de esta raza de seres inteligentes que han dado en llamarse Hombres. En realidad, para mí es completamente incomprensible el hecho de que tales seres ocupen este planeta. La última vez que lo visitamos fuimos rechazados por una fuerza de combate similar a la nuestra. De esto hará unos setecientos años y fue nuestro primer contacto con los seres humanos. Pero ellos estaban muchísimo más evolucionados que los de ahora.

—Es probable que su evolución fuese bruscamente interrumpida por alguna causa. Una guerra, por ejemplo.

—Sí, eso explicaría muchas cosas. De todas formas, tenemos estos prisioneros para que nos respondan —comentó un tercer Explorador.

—¿Prisioneros? —se volvió de repente L—54W hacia el Supremo Explorador.

—Así es. La Asamblea Wond, al saber de nuestro hallazgo, ha notificado a esta nave sus intenciones de conocer científicamente las costumbres y la biología humana.

—Pero eso también podría hacerlo yo —protestó la Exploradora.

—De una manera superficial. La Asamblea decidió que el estudio sea más profundo.

—Bien, entonces, comunique a la Asamblea mis deseos de comenzar yo el estudio en esta nave durante los cincuenta y tres períodos de viaje para que nuestros científicos posean un punto de partida.

—Si ése es su deseo, Exploradora L—54W…

El Supremo Explorador salió de la estancia donde estaban las Cámaras de Soporte Vital, seguido de toda una cohorte de Exploradores de menor grado.

Sólo la Exploradora Tsi—Li se quedó en la estancia, mirando con vivo interés a todos y cada uno de aquellos seres extragalácticos. Ahora, no tenían ropas. Estaban desnudos por completo dentro de aquellas cámaras cúbicas de cristal.

La Exploradora L—54W se detuvo ante uno de ellos. Era alto, con cabello negro y complexión atlética: anchos hombros, tórax amplio, breve cintura y piernas recias y musculosas, igual que unos brazos fuertes provistos de redondeados bíceps. Su cráneo era más pequeño que el de los seres de Wond y sus atributos sexuales, mucho mayores.

Miró con evidente pena las horrendas heridas que tenía y el mal aspecto de su brazo diestro.

Volvió de nuevo la cabeza. El Supremo Explorador estaba allí, mirándola con sus grandes ojos redondos.

—La Asamblea ha decidido que empiece las investigaciones en los períodos que va a durar el viaje —informó.

—Estoy segura de que ganaremos mucho con estas investigaciones.

—Sí, pero no olvide que, ante todo, son animales inferiores.

L—54W no respondió. Se limitó a mirar a Donar y decir:

—Será necesario curarle las heridas. Está en muy mal estado.

—Ordenaré que sea intervenido.

* * *

Donar miró el cubo de cristal en el que estaba encerrado.

Se sentía como viviendo una espantosa pesadilla. Había despertado en aquella enorme caja cristalina, con el brazo totalmente curado, sin señal alguna de sus heridas, y con la mente llena de preguntas sin respuestas.

El cristal era muy duro, tanto que ni siquiera había logrado que vibrase bajo el efecto de sus fuertes golpes.

De repente, un panel de metal se descorrió de una de las paredes, apareciendo tras ellas uno de los seres que le capturó. Se acercó adonde él estaba y tocó, con sus dedos provistos de uñas largas y

duras, el cristal.

Fijándose bien, Donar se dio cuenta de que se trataba de una hembra. Parecía un macho pero bajo el uniforme holgado que cubría el menudo cuerpo pudo observar la tirantez de la tela, producida, sin duda, por unos grandes senos, probablemente desproporcionados.

No encontró ningún tipo de belleza en aquel rostro desprovisto de nariz pero que poseía unas aterradoras mandíbulas que se abrían y cerraban. Son embargo, creyó advertir un enigmático brillo en los negros ojos sin pupila.

—¿Estás... bien? —sintió retumbar en algún lugar de su cerebro. No cabía duda. El evolucionado cerebro de aquellas criaturas les permitía hacer cosas realmente portentosas como comunicarse con sus mentes.

—¿Dónde estoy? —preguntó con su mente, recordando que había hecho la misma pregunta durante el transcurso de un extraño sueño. Y volvió a preguntar—: ¿Qué sois vosotros?

—Somos seres de otros mundos. De uno en concreto llamado Wond. No te deseamos ningún mal, así que no debes temer. Te llevamos a nuestro mundo en una cosmonave de exploración.

—¿A vuestro mundo? Pero... yo no quiero ir allí.

—Me temo que deberás acompañarnos. Repito que nada has de temer.

—¿Que nada tema? ¡Nos habéis atacado y encerrado!

—Sí, los que os capturaron nada sabían de vuestra existencia y os tomaron por animales peligrosos, como los felinos de vuestras selvas.

—¿Qué pensáis hacer con nosotros? —quiso saber Donar, mirando desafiante a su interlocutora alienígena.

—Estudiaros —respondió ésta.

—¿Estudiarnos? ¿Mirar en nuestro interior como si fuésemos animales de un laboratorio? —casi gritó mentalmente.

—Sí —respondió la wond, con calma—. Nuestro interés científico hacia vosotros es muy grande. Podéis aportarnos interesantes datos sobre otras formas de vida inteligente.

* * *

Tras largos períodos de viaje, llegaron al mundo nativo de los Exploradores. Durante todo el tiempo, Donar aprendió mucho acerca

de los alienígenas. Y éstos de él. Había conseguido trabar buena amistad con L—54W y terminó acostumbrándose a la presencia de aquellos menudos hombrecillos de gran poder mental. Incluso se ganó el privilegio de abandonar la Cámara de Soporte Vital y podía caminar entre los tripulantes sin ningún temor.

Sus compañeros, los hombres que recibieron órdenes del Sistema para su arresto o ejecución, no tuvieron tanta suerte. No lograron acostumbrarse al cautiverio. No era que él se hubiera acostumbrado pero... Prefería sentirse amigo que cautivo de aquellos seres, los wond, que poseían un sistema tiránico y opresor donde el Ser no imperaba en absoluto.

Habían evolucionado tanto en el nivel tecnológico que prácticamente era la Ciencia el único Dios al que adoraban. Y los derechos de este Dios los representaban los científicos componentes de la llamada Asamblea, gobernantes del planeta.

Prácticamente todos los científicos formaban una élite privilegiada.

Sin embargo, pese a la frialdad de aquellos seres adoradores de la Ciencia, se lograron descartar todas las diferencias sociales y económicas y se podía decir que la Justicia tenía un cuerpo consistente.

Wond era un planeta lejano, el segundo de un Sistema Estelar compuesto por cinco mundos y el único que poseía las condiciones necesarias para que en él progresara la vida debido, sobre todo, a la relativa cercanía de su sol amarillo. Sin embargo, el planeta ya era viejo, muy viejo. Con seguridad envejeció de una forma anormal por los abusos de anteriores generaciones de sus habitantes.

Su gravedad era ligeramente mayor que la del planeta de Donar, igual que su masa y tamaño. Esto era apenas perceptible para los humanos en caso de vida normal pero los esfuerzos podían causar mella en sus organismos.

La atmósfera, de no ser por su nivel de contaminación, algo alto, también hubiera sido ideal.

Una vez en el planeta, Donar pasó a disposición de los científicos wond, siendo examinada, analizada y radiografiada cada una de sus partes. Todo su cuerpo pasó a formar parte de un panel de datos en las computadoras. Asimismo, se le hicieron toda clase de preguntas respecto a las costumbres humanas.

Donar y los otros tres humanos llegaron a convertirse en el tema principal de todas las conversaciones en el planeta.

—Vamos a escapar —sentenció, convencido, Denek.

—¿Escapar? —dudó el joven Vanzet—ur—. Estamos en un planeta desconocido, prisioneros o mejor dicho, cobayas de unos seres con nivel tecnológico muy superior al nuestro… ¿Cómo es posible siquiera pensar en la huida?

—Físicamente, son muy inferiores a nosotros y podemos reducirlos.

—Si antes no nos liquidan con sus armas…

—Actuando con rapidez, no nos pasará nada —trató de convencer Denek a sus subordinados.

Kersel, el otro soldado de la Brigada que estaba en su misma situación, dirigió una rápida mirada en derredor, recorriendo con su vista el habitáculo donde se encontraba, separado de sus compañeros por una pared de metal con un rectángulo de grueso vidrio en su centro, por el que los humanos se podían ver. Buscaba desesperadamente una salida a su difícil situación, pero no la encontraba.

—¿Cómo podemos salir de aquí? —preguntó, al fin.

—No os preocupéis por ello —sonrió Denek—. Lo tengo todo planeado.

* * *

Donar alzó la vista para mirar las estrellas de aquel extraño mundo. Tres grandes lunas cubrían el cielo y lo iluminaban todo con absoluta claridad. Las otras dos que completaban el quinteto de satélites que giraba en torno a Wond estarían con toda seguridad en la otra cara del planeta, ocultas por la estrella—sol Ssen Wond.

El y la Exploradora Tsi—Li (científica) L—54W, a la que Donar había dado en llamar Dee, salieron del Edificio Coordinador para que el humano pudiera conocer algunas cosas sobre sus «anfitriones».

Donar se paró en una de las brillantes calles de metal y miró la inscripción grabada en un monumento plateado colocado en el centro de aquella avenida.

—¿Qué es? —preguntó, dirigiéndose a la Exploradora. Nadie pasaba por aquella calle.

La Exploradora le miró, como sorprendida por la atención que el humano dedicaba a la inscripción. Por fin, respondió:

—Nada interesante. Sólo un monumento que fue colocado aquí hace siglos por una absurda leyenda.

—¿Y de qué habla la leyenda?

—De que dentro de poco pasará por estos mundos un ser sobrenatural que nos traerá la Felicidad —respondió la wond, en tono burlón.

Sin saber por qué, el corazón de Donar pareció dar un vuelco en su pecho. Recordó, borrosamente, un sueño singular.

—¿Qué es lo que dice, exactamente, la inscripción? —y al preguntar aquello no pudo evitar que la emoción brotara de sus pensamientos. L—54W no pareció captarla porque, sencillamente, se puso a traducir:

—«... En verdad son, Renegado, la Justicia y el Amor los que te traen hasta mí. Prosigue, pues, tu camino y quiera el Destino que no te debas arrepentir de lo que haces. Te espero, mis brazos están abiertos... »

* * *

—¿Vendrás con nosotros, Donar? —preguntó el kaider Denek, el hombre que, meses antes, pretendía llevarle hasta Lamba para que le ajusticiasen.

—Sí —respondió, ante la sorpresa de todos, que pensaban que, dado el trato que recibía por parte de los wond, se quedaría allí, sin intentar la huida. Ante el gesto de asombro de los brigadas, aclaró—. Hay cosas que debo hacer y que aquí no puedo realizar.

* * *

—He de marcharme, Dee —dijo Donar. Y al hacerlo procuró no mirar los negros ojos que parecían haberse clavado en los suyos.

—Pero... ¿Por qué, Donar? —preguntó angustiada la Exploradora —. ¿No te gusta, acaso, nuestro mundo?

Esta vez, sus ojos sí se posaron en los de la wond y pensó que, pese a la natural repulsión que, evidentemente, sentía como humano

que era, sin duda aquella hembra debía ser muy bella para los seres de aquel planeta.

La Exploradora pareció captar sus pensamientos porque, de repente, sus ojos se apartaron de los de Donar. Si hubiera sido humana, sus mejillas se habrían teñido de rubor.

—Seguramente —opinó ella— todos nosotros te pareceremos horribles monstruos.

—Vosotros también me miráis a mí como si lo fuera —argumentó Donar.

—¿Es ése el motivo? Te juro que yo no...

Las manos de Donar se posaron en los pequeños hombros de la wond y comenzó a acariciarlos. Un estremecimiento, claramente perceptible, recorrió el menudo cuerpo de la antropoide.

—Tu mundo es muy parecido al mío —declaró—. La verdad es que no cambia gran cosa pero, de no ser por ti, habría luchado hasta la muerte contra tus hermanos de raza, como hice con los míos.

—¿Por... mí? —pareció balbucear la voz mental.

—Sí, en ti creí descubrir algo que no poseían los demás de este mundo. Y no me equivoqué.

—¿Qué...?

—Algo que ni siquiera yo mismo sé explicar pero alguien me habló una vez sobre ello. Alguien que se dedicaba a repartirlo. Se llama Amor.

—¿Amor?

—Sí, y es precisamente por ese motivo por lo que debo marcharme. Porque ahora sé que mi existencia no está vacía, que hay algo por lo que puedo luchar.

—Y... ¿Adónde irás?

—No lo sé. Donde me lleve mi destino. Sólo él sabe qué será de mí. Pero puedo presentir que, vaya donde vaya, no me arrepentiré.

Cesó de hablar. No era posible pero creyó ver, en la penumbra de aquella estancia, que una lágrima rodaba de los negros ojos de Dee.

—Dee... —apenas acertó a decir, moviendo esta vez los labios.

—Donar..., si logras escapar... ¿Qué será de mí?

—Tú perteneces a este mundo. Debes permanecer en él —respondió con su mente.

—Pero... yo... Yo te amo.

Donar cerró los ojos. Lo había temido durante mucho tiempo y

ahora Dee se lo confirmaba.

Donar, si te vas a marchar —pidió— antes… antes hazme tuya. Quiero sentirte dentro de mí. Aunque nuestros genes sean incompatibles y no podamos tener descendencia quiero sentir, por primera vez, el Amor.

—¿Por… primera vez? ¿Nadie…?

—No, soy virgen y quiero entregarme a ti.

Donar tragó saliva. Dee tenía veintiocho ciclos solares y, según los cánones de belleza de su mundo, era muy hermosa. El después de tanto tiempo junto a ella, no sentía repulsión pero sabía que, si se llegaba a sospechar que Dee había hecho el amor con él, podía resultar un precio demasiado caro para ella.

—Y… ¿Si te hago daño?

—No me importa. Aunque muriese después. ¿Qué me importará ya la vida si te vas?

Donar volvió a acariciarla y, esta vez, Dee se estremeció aún más. Jamás antes sintió nada parecido. Ni en presencia de seres de su raza. Rápidamente, se despojó del holgado traje metálico y quedó desnuda ante Donar, temblando emocionada. En sus ojos se advertía un extraño brillo.

Donar pudo contemplar el cuerpo desnudo de la wond, de apenas un metro de estatura, lleno casi por completo de gruesas venas azuladas, aún más gruesas de lo normal debido a su corazón desbocado. Tal y como él sospechara, los pechos, igual que el cráneo, estaban desproporcionados del resto del cuerpo debido a la mucha alimentación que necesitaban los lactantes de su raza. Apenas tenía caderas y ni siquiera en su pequeño pubis poseía vello.

Ella le tranquilizó diciéndole:

—No te preocupes, nuestra matriz es grande pues damos a luz a gran número de hijos cada vez.

Él también se desnudó, quitándose el brillante uniforme de una sola pieza, obsequio de los wond, y, para su sorpresa, su virilidad estaba en pleno apogeo.

El tamaño del pene humano llamó la atención de Dee, que temió que fuera imposible la penetración. Pero, pese a todo, lo intentó y, de un salto, se abalanzó sobre Donar, sentándose a horcajadas encima de él.

Una especie de gemido brotó de la garganta de la galáctica. El

dolor era muy intenso para ambos, no sólo por el tamaño del pubis femenino sino también por su himen. Con grandes esfuerzos, lo resistieron y, finalmente, la penetración se hizo más sencilla. Los gemidos de Dee, que al principio fueron de dolor, se tornaron de placer, mientras no cesaba de mover sus pequeñas caderas y Donar acariciaba los pechos femeninos, entre suspiros.

* * *

El rifle del wond que vigilaba el exterior de la estancia donde vivía el humano Donar cayó de sus manos tras el seco chasquido en su nuca, que obligó al wond a morder el asfalto metálico.

Donar cogió el complejo rifle lanzarrayos y se ocultó en las sombras. Amparado en la oscuridad, avanzó a través de las avenidas de la ciudad, acortando distancias hasta el Cosmo—puerto.

Muchas veces estuvo a punto de darse de cara con las constantes patrullas que vigilaban el lugar pero, por fin, se halló frente al hangar de una de las astronaves de exploración.

El hangar era enorme y de forma trapezoidal. En su techo se hallaba la salida para la astronave. Hasta ella sólo se podía llegar con ciertos vehículos voladores llamados Zswnos.

La fortuna de nuevo le sonreía, pensó Donar con alegría al ver un Zswn frente a él. Pero a su lado había otro wond armado.

Saltó, propinándole al guardia un soberbio culatazo con el rifle en la base del cráneo, y el wond se desplomó como un saco.

Se sentó en el pequeño vehículo con grandes esfuerzos y condujo en mala postura, remontando el aparato por encima del hangar y situándose a la entrada. Una señal de radio brotó del Zswn y la entrada se abrió, decorriéndose un grueso panel de metal, dejando el paso libre.

Fue entonces cuando oyó la explosión, muy cercana al Cosmo—puerto, y vio arder desde su posición en el hangar el edificio que fuera la residencia cedida a los humanos por la Asamblea Wond. Dentro seguramente habían perecido sus compañeros de cautiverio mientras esperaban que Donar les aclarase el camino de la huida.

Donar arrugó el ceño. Aquello sería la represalia por haber encontrado inconscientes a los guardias. Espoleado por lo sucedido, decidió darse prisa.

Abandonó, agradecido, el Zswn y caminó hacia la astronave wond, entrando por la siempre abierta entrada de acceso. Ayudado por su memoria, llegó pronto hasta el Centro Computador.

Allí había docenas de cerebros electrónicos que eran los encargados del control de la nave. Sacó un pequeño rollo de cinta magnética que le proporcionó Dee y la introdujo en el Sistema de Memoria de uno de los computadores. Según Dee, la cinta se encargaría de todo una vez se diese al computador la orden de partir.

Sin pensarlo dos veces, apretó uno de los centelleantes botones del computador mientras pensaba:

«Volveré, Dee. Te juro que volveré. »

Y algo le dijo que la wond captó su mudo mensaje.

La astronave despegó en silencio del hangar y, lentamente al principio pero cada vez con mayor rapidez, se fue perdiendo entre los millares de estrellas que tachonaban los cielos de Wond.

La alarma se disparó casi de forma automática después del despegue de la nave pero ya era demasiado tarde para detenerla. Ni siquiera fue posible intentarlo.

Mientras, en una habitación casi en penumbras, una pequeña figura femenina de la raza wond lloraba con desconsuelo la pérdida de un amor recién obtenido.

CAPITULO IV

Tres meses.

Habían pasado desde entonces tres largos y penosos meses recorriendo las estrellas, surcando los cielos a grandes velocidades, dejando atrás Sistemas Estelares e incluso Galaxias, buscando… algo, no sabía qué.

Sólo sabía que marchó de Wond exactamente tres meses atrás y aún no encontraba lo que buscaba. Pero se preguntó a sí mismo, ¿qué quería hallar en la inmensidad del Universo?

Vagamente, recordó una infinita extensión de espacio luminoso y blanco y la voz de un ser condenado a sufrir tormento eterno. Pero no sólo eso, pues aquello le pareció demasiado un sueño. También vino a su memoria una inscripción grabada en una especie de monumento, en el entonces lejano Wond.

Todos aquellos tres meses tuvo tiempo suficiente para aprender a tripular la nave y, aunque eran casi siempre los computadores los que la gobernaban, de vez en cuando era él, el que tomaba los mandos.

De lo que no podía quejarse era de las provisiones que aún abundaban. Después de todo, no en vano aquella nave estaba diseñada y preparada para albergar hasta a cincuenta homúnculos y él, aunque con más estatura, sólo era uno.

Aquellos pensamientos le llevaron inevitablemente el recuerdo de Dee. Agitó su cabeza, disgustado. Hizo mal haciéndole el amor. No por su aspecto externo, sino porque aquello seria para ella un recuerdo imborrable y era muy probable que sus caminos jamás se encontrasen de nuevo. Sin embargo entonces no pensó en ello, sólo quería hacerla feliz.

De pronto, unas letras rojas aparecieron en la pantalla que tenía ante él, arrancándole de sus meditaciones. Leyó, preocupado, aquellas palabras en el lenguaje wond, que él había llegado a comprender:

MUNDO HABITABLE SITUADO A TRES PERIODOS DE DISTANCIA.

DENSIDAD: CINCO.

VOLUMEN INFERIOR A MUNDO WOND.

GIRA EN TORNO A UN SOL ROJO.

MAS DETALLES EN…

Las letras se borraron de la pantalla antes de que él acabase de.

leer, siendo sustituidas por otras, mientras de alguna parte brotaba un estridente y ululante sonido. Domar respingó, sobresaltado.

IMPACTOS DE MICROMETEORITOS HAN ORIGINADO AVERIAS EN SECTORES DOS Y TRES.

Averias.

Donar saltó de su pequeño e incómodo asiento como propulsado por un muelle invisible. Y no era para menos.

Los desperfectos podían resultar irreparables.

Frenético, pulsó con desesperación varios botones del computador con intención de averiguar la gravedad del asunto. El computador, con frialdad, informó:

IMPOSIBLE AUTORREPARACION.

Donar se dejó caer, abatido, sobre el sillón. La nave, tratándose de averias menores, hubiera podido repararse a sí misma pero, al parecer, los daños que sufrió con los impactos eran demasiado grandes.

Volvió a incorporarse del sillón. La nave, sin duda alguna, iría al garaje, siendo imposible recuperar el mando. Sin embargo, él no tenía deseos de quedarse atrapado en lo que ahora era un ataúd viajando entre las estrellas.

Tenía que pensar, por tanto, en salvarse y sólo había una posibilidad. Los vehículos de salvamento no estaban en ninguno de los sectores dañados y tenían la suficiente autonomía como para llegar hasta el planeta que momentos antes detectaron los computadores.

No lo pensó más. Se colocó el traje espacial que llevara consigo desde su fuga de Wond y se dirigió hacia uno de los vehículos de salvamento, de aerodinámica estructura.

Los motores empezaron a funcionar y la pequeña nave se vio propulsada al exterior.

* * *

Las montañas eran altas, tan altas que parecían rasgar las oscuras nubes que envolvían los cielos. Se aproximaba una tormenta. Una

tormenta que, seguramente, sería tan cruda como las que la precedieron a lo largo de casi diez mil años.

Nevaría mucho y durante mucho tiempo. Días, quizás semanas o incluso era posible que meses. Y durante todo lo que durase la tormenta no se vería absolutamente nada y huracanados vientos azotarían todo lo que se hallase a su paso. Pero la furia del vendaval nada podría con las casas de madera que se guarecían tras escarpados barrancos, a salvo de cualquier peligro.

Y cuando cesase de nevar, las montañas, los valles e incluso las casas estarían envueltas por un manto de limpia blancura. Pasarían algunos meses de relativa calma, con bajas temperaturas, y, de nuevo..., volvería la tormenta.

Sin embargo, aún no nevaba, aunque faltaba poco.

Una figura enfundada en blancas y gruesas pieles aprovechaba los últimos momentos de calma para cazar, para terminar de aprovisionarse y sobrevivir.

Un veloz animal de abundante pelo gris corría por el valle. Seguramente, presintiendo la tormenta, buscaría un refugio donde aletargarse. Sus patas levantaban la nieve en su loca carrera.

La figura de gruesas pieles, escondida tras unas rocas, sacó algo de entre sus ropajes. Era una pequeña ballesta hecha de madera y fibras de resistente piel animal.

Se llevó la ballesta a la cara y un dedo enguantado apretó el gatillo de madera. Rudimentarios mecanismos se pusieron en marcha y un diminuto dardo salió despedido hacia su objetivo, raudo como una centella y con mortal puntería.

La pobre bestia fue alcanzada en un costado pero no cesó de correr. Sin embargo, la ponzoña que albergaba el dardo ya estaba en sus venas y sus efectos resultaron fulminantes pues, pocos segundos más tarde, la bestia cayó muerta sobre la nieve.

El ser humano vestido con pieles salió de entre las rocas y se dirigió con rapidez hacia donde yacía su víctima. Sus pesadas ropas no parecían ser ningún impedimento para su carrera pues llegó casi de inmediato.

Demostrando una gran fuerza, cargó con el animal y empezó a caminar rumbo a una pequeña casa de madera oculta tras unos riscos.

Entonces, un penetrante zumbido llegó hasta sus oídos.

Levantó la vista hacia el oscuro cielo y sus ojos se agrandaron por el estupor: una estrella parecía haberse desprendido del invisible firmamento y caía a tierra.

Vio cómo la ígnea bola se ocultaba tras una montaña y un espantoso trueno hendió el aire.

* * *

Unos ojos negros se abrieron lentamente, como si temieran que la luz los hiriese. Pero no fue así. Los ojos se acostumbraron casi al instante a la luz reinante en aquel lugar.

Donar intentó moverse pero no lo logró. Estaba demasiado débil.

Como en un sueño, vio aproximarse con lentitud hacia él a una figura humana envuelta en pieles. De su cabeza caían rubios cabellos como una cascada de oro.

Los ojos ambarinos de la figura se fijaron en él y una sonrisa pareció iluminar el pálido rostro de mujer.

Donar también intentó sonreír pero no supo nunca si lo que asomó a sus resecos labios era una sonrisa o... una horrible mueca. Sin embargo, vio que la sonrisa de la pálida joven se acentuaba, por lo que pensó que quizás lo logro.

Con voz apenas audible pidió:

—Agua... por favor.

La chica, siempre sonriendo, cogió una vasija de madera que había junto a la cama en la que él yacía y se la entregó. Las manos de Donar se alzaron, cogiendo la vasija con el líquido elemento con infinito cuidado. Haciendo un esfuerzo, se incorporó y su velludo pecho asomó entre las sábanas, acometiéndole, de pronto, una oleada de intenso frío.

Se tapó con las mantas y bebió largo rato, sintiéndose mucho mejor. Cuando terminó, devolvió el recipiente a la muchacha.

Con la mano secó sus labios y, mirando a la joven, que le observaba a su vez, pregunto:

—¿Cómo he llegado aquí?

La chica no respondió. Siguió mirándole con fijeza y la sonrisa en los labios. Donar comprendió en seguida que no le entendía.

Volvió a intentarlo.

—¿Me has traído tú?

Tampoco esta vez hubo respuesta. Ni siquiera dio muestras de oírle.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

Silencio. Y los ambarinos ojos seguían clavados en él.

Haciendo acopio de paciencia y sin sospechar la verdad, se levantó con dificultad, protegiéndose del frío con una de las mantas. La muchacha le siguió con la mirada y, cuando vio que se acercaba a ella, la sonrisa se borró de su rostro como por arte de magia. Saltó hacia atrás con agilidad, eludiendo el posible contacto.

El pálido rostro se endureció, sus ojos se entornaron, los labios se separaron, dejando ver los limpios dientes apretados, casi rechinantes.

Donar se paró, vacilante, extrañado por la actitud de la joven. Procuró que su faz estuviera serena cuando dijo con dulzura:

—No voy a hacerte daño, muchacha. Sólo quiero saber el porqué de tu silencio... Te aseguro que mis intenciones son nobles.

La muchacha, como siempre, no respondió. Ni tampoco abandonó su actitud defensiva. Pero en sus ojos Donar creyó advertir la luz de la inteligencia, de la comprensión.

Por fin, su rostro se dulcificó y de nuevo la sonrisa volvió a sus labios, cosa que Donar agradeció con otra sonrisa.

La bella mujer de pálido rostro comenzó a gesticular, señalándose a sí misma primero y tapando su boca después.

Esta vez fue Donar quien comprendió.

—¡Dioses! Eres... eres muda.

Con paciencia y la ayuda de la mímica, Donar supo que la muchacha se llamaba Kaala y que había nacido muda debido a deficiencias en sus cuerdas vocales.

Kaala, desde que fue declarada por sus padres como apta para vivir libre, estaba sola en aquella casa que ella misma construyó.

Supo que en aquellas tierras había frecuentes tempestades de nieve que solían ser muy largas, teniendo sus habitantes que aprovisionarse durante los períodos de calma.

Kaala le encontró desmayado junto a la falda de la montaña donde, según la joven, había caído una estrella. Donar no quiso complicarse la vida explicando que él vino en aquella «estrella».

Pronto se recuperó de su debilidad y estuvo en condiciones de ayudar a la joven en sus quehaceres.

La casa era sólida y muy bien dispuesta. Tenía un dormitorio —donde él estuvo durante su convalecencia— y un comedor cuyo centro estaba ocupado por un hogar que servía tanto para calentarse como para cocinar. También tenía un cuarto pequeño donde estaba dispuesta la leña y una puerta que servía de entrada a una cueva excavada en la nieve que era utilizada para la conservación de la comida, generalmente compuesta de carne.

Fuera, se oía cómo caía la nieve y aullaba el viento con inusitada furia. La temperatura debía ser muy baja pero él no lo notaba gracias a las pesadas ropas que cubrían su cuerpo, igual que las de Kaala. Consistían en un grueso chaquetón sin aberturas cuyas mangas estaban cerradas por sendos brazaletes de cuero animal, igual que la cintura por un grueso cinturón. Sus piernas estaban protegidas por unas calzas, también de piel. Unas fuertes y flexibles botas de pellejo animal y tiras de cuero que las amarraban a las piernas completaban el conjunto.

Asimismo, para salir al exterior debían ponerse guantes de cuero toscamente confeccionados y cosidos, un gorro que les cubría casi por entero la cabeza y una gruesa capa.

Kaala, pese a su evidente hermosura, parecía un hombre con aquellas prendas que distorsionaban su anatomía. Sin embargo, eran necesarias para su supervivencia.

* * *

La tormenta, en aquella ocasión, no duró demasiado. Sólo una semana escasa. Cuando las nubes se disiparon, apareció el sol, hermoso, redondo pero algo lejano.

Kaala salió de la cabaña totalmente abrigada. Donar no veía su rostro pero estaba seguro de que sonreía, como él mismo.

Kaala y él se hicieron muy buenos amigos durante aquellos días y él lo sabía casi todo respecto a ella. Pero, en cambio, ella ni siquiera le preguntó su nombre.

Todo estaba cubierto por un impresionante manto de singular belleza. Sin embargo, pensó Donar, eso era desde el punto de vista de un Extraño, de un Extranjero. Para los habitantes del planeta debía parecer una eterna maldición. Y, sin quererlo, un escalofrío recorrió su espalda, avivado por el recuerdo.

La muchacha indígena le miró. En sus ojos, lo único que no estaba cubierto por la prenda de su cabeza, Donar creyó advertir un extraño fulgor, como una suplicante llamada que envolvía todo su ser, que partía de cada uno de los poros de su joven cuerpo.

Entró en la cabaña, seguida por aquel Extraño en su mundo. Cerró la puerta y, sin dar tiempo a que Donar pudiera decir o hacer nada, se despojó de sus ropas.

El espléndido cuerpo de la joven se mostró, desnudo, ante sus ojos. Su piel estaba muy pálida por la ausencia de las caricias solares sobre ella. Sus senos eran altivos y pujantes, repletos de vigor juvenil. Las caderas, muy pronunciadas, terminaban en los firmes y prietos muslos que servían de marco a su intimidad.

El joven cuerpo de la nativa se enroscó al suyo, quedando como adherido a él. Las manos, juguetonas, comenzaron a acariciarle de una forma que para Donar resultó enervante.

Separándola de sí delicada pero firmemente, se libró del calido abrazo y también él pudo quitarse sus incómodas ropas. Pero, cuando estuvo desnudo, la muchacha volvió a abrazarle de la misma manera.

Su virilidad, ya alzada, pugnaba por abrirse paso entre las piernas de la joven, buscando un premio a su lucha. No tardó en encontrarlo cuando la muchacha, con lentitud, se dejó caer en el frío suelo y abrió las piernas para dejar paso a lo que ella pensaba que la llevaría a la Felicidad.

Un débil quejido brotó de su garganta cuando Donar la penetro. Sus piernas se enroscaron al cuerpo del hombre, igual que sus brazos, mientras éste, con sus continuos movimientos de caderas, la transportaba a un mundo que nunca antes conoció.

* * *

Un fuerte sonido le obligó a despertar, sobresaltado. Miró a su alrededor. En la cama, junto a él, estaba Kaala, espléndida en su magnífica desnudez.

El sonido se repitió, aún con más violencia, y Donar lo identificó como fuertes golpes en una recia madera.

¡La puerta!

Los golpes venían de aquella dirección.

Procurando no despertar a la nativa, se levantó y colocó las calzas de piel, dirigiéndose hacia la entrada

al tiempo que se oía otro golpe.

Mientras se acercaba, vio algo sorprendente: la puerta se estaba astillando bajo aquellos demoledores

golpes.

Una brillante hoja de metal atravesó la madera, destrozándola. Después, desapareció para volver a aparecer instantes más tarde.

Asustado, sin dar crédito a lo que veía, se alejó de la puerta. De la habitación, en aquellos momentos, salía la bella Kaala, reflejando en su rostro el estupor que aquello le producía.

La puerta, por fin, cedió, saltando hecha pedazos.

Y tras sus restos, Donar vio dos figuras, altas y belicosas.

Eran dos hombres que vestían ropas propias de guerreros, con protección pectoral incluida. En sus manos brillaban las armas. Uno tenía un enorme hacha y el otro una ancha espada de doble filo.

Tras los cascos de metal, dos fieros rostros le miraron con desprecio. Al mismo tiempo, descubrió un extraño matiz azulado en la piel de los guerreros.

Dos pares de ojos se posaron en las mórbidas formas de Kaala, mirándola con obsesiva fijeza. Donar vio brillas en ellos el deseo.

Uno de los hombres, para sorpresa de Donar, dijo, en su propio idioma:

—No intentéis nada u os pesará. Tenemos órdenes de mataros al menor intento de rebeldía y os juro que lo haría sin pesar.

Donar no dijo nada.

Nuevamente querían hacerle prisionero, esclavizarle. Pero, mentalmente, se juró a sí mismo que ni en aquella ocasión ni en ninguna otra se dejaría atrapar. Vendería cara su vida, arrastrando consigo a alguno de sus apresadores.

—No intentaremos escapar —mintió.

Confiados, los dos guerreros se acercaron. Uno de ellos, después de envainar la espada, mostró unas argollas de metal. Cuando estaba junto a él, dispuesto a ponerlas en sus muñecas, Donar actuó.

Años de entrenamiento intensivo que hicieron de él una vez el kaider de su Brigada salieron a relucir. No era él, Donar, quien se enfrentaba contra aquellos guerreros. Todo su cuerpo se convirtió, de repente, en una perfecta máquina de lucha y era ella la que actuaba.

Bajo su piel, los músculos se tensaron como muelles. Su corazón comenzó a bombear con fuerza. Y entonces, golpeó.

Su puño, convertido en una demoledora maza, se estrelló en la cara del guerrero. Se escuchó un espeluznante crujido en el momento del impacto.

El tipo cayó al suelo, chorreando sangre por su nariz destrozada. Mientras, el cuerpo de Donar pareció volar por el aire y se plantó ante el guerrero que empuñaba el hacha.

Este, tras el primer instante de vacilación, descargó el pesado filo, con la clara intención de seccionar el cuerpo de su enemigo.

No lo logró. Tras un salto prodigioso, el hacha pasó, inofensiva, bajo los pies de Donar. Y, todavía en el aire, proyectó una de sus piernas con sorprendente fuerza y certera puntería.

En esta ocasión, fue el guerrero el que voló, proyectado hacia el exterior por la patada.

Cayó Donar de pies en el suelo. Sintió entonces un vivo dolor en su espalda y supo que una forma dura, punzante y metálica, tal vez un puñal, había penetrado en sus carnes, lanzada por una mano traidora.

Se tambaleó, saliendo al exterior. Miró la forma tendida ante él y cayó, inconsciente.

CAPITULO V

Donar, sangrante, se incorporó. En su espalda asomaba el mango de un puñal, entre su ensangrentada piel.

Su rostro se crispó por el dolor, pero no sacó la hoja. Si lo hacía, estaba seguro de que la hemorragia aumentaría.

Sus oídos captaron el crepitar de las llamas mientras una oleada de calor le asaltaba: la pequeña casita estaba ardiendo, después de haber sido saqueada por aquellos asesinos.

Kaala...

Gritando su nombre, entró en la cabaña, desafiando al fuego. Sintió que las llamas lamían su piel, con dolorosas caricias.

Por fin, la descubrió. Estaba tendida, desnuda, en el suelo, bañándose en un charco de su propia sangre, rodeada por las llamas.

Muerta.

De sus ojos brotó una lágrima por su mejilla. Su rostro volvió a crisparse, formando una horrible máscara de odio.

Retrocedió y salió de la cabaña en llamas. En su mente sólo había pensamientos de venganza.

*   *   *

Su bota se hundió en la nieve. A cada paso que daba le sucedía lo mismo y la verdad es que temía quedar apresado en aquella blanca trampa.

Miró a su alrededor, a través de su máscara de piel, observándolo todo con sus escrutadores ojos. Sólo vio nieve, nieve y más nieve. Todo estaba cubierto por el blanco manto.

El viento cada vez era más fuerte, amenazando con arrancarle de la tierra.

Estaba muy débil, su herida aún no cicatrizó del todo y le molestaba, pero algo le obligaba a continuar, aunque a veces deseaba tenderse sobre la nieve, completamente desnudo, y dejarse morir.

Siguió caminando, siempre hacia delante, aunque no tenía ni la más remota esperanza de llegar a ninguna parte.

De pronto, sus músculos se tensaron, sus ojos se entornaron y sus dientes se apretaron. Parecía haberse convertido en una singular estatua que, momentos antes, se movía.

Había un motivo: creyó escuchar un sospechoso sonido que encendió la alarma en su cerebro, poniéndole en guardia, con todos sus sentidos alerta.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando un espantoso rugido rompió la relativa calma. Notó que sus cabellos se erizaban por el miedo.

Volvió la cabeza y... lo vio.

Ante él estaba el horror encarnado, con su deforme cuerpo erguido ante él. Unos ojos bestiales, en un rostro simiesco, le miraban con avidez homicida. De sus fauces brotaba una baba amarillenta que contrastaba con sus blancos y enormes colmillos. Su cuerpo estaba cubierto por completo por un largo y áspero vello.

Era casi el doble de grande que Donar y estuvo seguro de que cualquiera de sus cuatro brazos, robustos como robles, podría aplastarle sin gran esfuerzo. Pero no por ello se arredró.

Su mano se hundió en los ropajes y, al sacarla, extrajo una brillante daga, la misma con la que fue herido días atrás.

De nuevo brotó un rugido de la garganta de aquel hombre—bestia. Y, al mismo tiempo, se arrojó sobre él, dispuesto a arrollarle

con su impresionante masa.

Donar saltó hacia un lado y evadió el ataque, mientras su mano arrojaba el arma, que silbó en el aire clavándose después en el cuello de la bestia.

Al sentir el acero en su cuerpo, un extraño gorgoteo salió de la boca del enorme animal, mientras vomitaba su propia sangre. Poco después, moría, cayendo grotescamente sobre la blanda nieve.

Donar emitió un hondo suspiro, alegrándose de su triunfo. Se agachó hacia el cadáver y sacó la daga, volviendo a ocultarla entre sus pieles.

Cuando se levantó, se fijó en el lugar del que surgió la fiera.

Era una cueva, una oscura cueva.

Sin duda se trataba de la guarida de la bestia que mató. Un olor desagradable, a heces de muchos años, hirió su olfato. No era, desde luego, el lugar perfecto para vivir pero tenía que pasar la noche en algún sitio pues la oscuridad más absoluta se estaba apoderando de los cielos del planeta.

Entró, decidido, y, a pesar del hedor, se sintió confortado por hallarse bajo techo.

Estaba seguro de que allí no sufriría ningún peligro. El intenso olor avisaría a cualquier cercano predador que allí se guarecía un peligroso animal. Además, allí estaría a salvo de los fuertes vientos.

La cueva no era excesivamente grande. Lo suficiente como para que un animal como aquél pudiese aletargarse durante los frecuentes períodos de tormenta.

Se recostó, somnoliento, contra una de las paredes, se encogió todo lo que pudo y su propia capa le sirvió para taparse.

Unos sordos gruñidos le obligaron a levantarse de un salto y arrimarse al exterior para averiguar de dónde procedían. Vio entonces unas figuras agazapadas sobre el cadáver del hombre—bestia que momentos antes mató y oyó masticar a unas poderosas mandíbulas.

Alzó la vista.

Su sangre se heló en las venas.

Como una maldita amenaza, oscuras nubes de tormenta se cernían sobre aquellos lugares.

Pronto se desencadenaría la tormenta... ¡Y le pillaría a él desprevenido!

Sin cabaña, sin comida... estaba condenado irremisiblemente a morir.

Angustiado, no tuvo ni fuerzas para buscar un lugar seguro. Se dejó caer, abatido, seguro de su inminente fin.

No supo por qué pero miró hacia un lugar concreto de la gruta.

Entonces, lo vio: un agujero excavado en la roca viva.

Esperanzado, se acercó con lentitud al agujero, de un tamaño aproximado al de su cuerpo viajando de forma horizontal.

Era perfectamente redondo. Demasiado perfecto para ser natural.

Si aquel agujero lo hicieron unos seres inteligentes, debía cumplir alguna función. Tal vez se trataba de una salida al exterior, o un respiradero... En todo caso, debía llevar a alguna parte, a algún lugar resguardado del frío. Quizás a alguna vivienda dentro de la montaña.

Se metió dentro.

La más insondable oscuridad le rodeó y, por un momento, temió por su vida. Pero, entre morir dentro de un oscuro pasadizo y congelarse en la cueva, escogió lo primero.

A oscuras, siguió avanzando, dándose cuenta de que cada vez aquel pequeño túnel era más largo. Llegó un momento en que le pareció infinito. Pero, de todas maneras, percibió una ligera inclinación en el recorrido. Estaba descendiendo.

Algún tiempo después, estaba agotado. No había comido en todo el día y su herida seguía molestándole. Pero le espoleaba el convencimiento de poder llegar a alguna parte. Cada vez estaba más seguro de ello.

Por raro que pareciese, el aire no se enrarecía, lo que probaba su teoría de que aquello podía tratarse de un sistema de renovación de aire.

De pronto, una corriente de aire le azotó el rostro, incluso tras su máscara, anunciándole el final del túnel.

Donar se despojó de la caperuza y los guantes.

Delante suyo estaba la salida del túnel. Tras ella, la luz. La luz... y un increíble paisaje.

Parecía un mundo dentro de otro mundo. Pero en realidad sólo era una enorme esfera de cristal, de magnitud escalofriante. Un cristal que despedía una débil luz, suficiente, sin embargo, para iluminarlo todo con nitidez.

En el centro de su parte inferior, había una ciudad, una enorme

ciudad que, incluso con su grandeza, quedaba enana en comparación con la esfera que la rodeaba.

Donar se acercó, receloso, a la ciudad. Estaba derruida pero todavía quedaban algunas enormes espiras que recordaban todo el esplendor que tuvo.

Todo parecía hecho de blanco mármol, incluso las calles.

Incluso Donar sintió un mudo respeto hacia los seres que construyeron todo aquello, verdaderos artistas que ya no existían, que desaparecieron por alguna catástrofe que no podía ni imaginar.

Y ahora, la orgullosa urbe albergaba en su seno a otra raza. Una raza muy parecida a la suya, con la única diferencia de que ellos tenían un ligero pigmento azulado en su piel y estaban en un estado inferior de evolución cultural.

Donar miró con desprecio, incluso con odio, a todos los que iban y venían por las calles de mármol. Le recordaba, sólo con mirarlos, a una hermosa muchacha violada y asesinada vilmente por hombres de aquella misma raza.

Por fin los había encontrado. Una caprichosa jugada del Destino le permitió llegar hasta allí para que llevase a cabo su venganza.

Sin embargo, por mucho que buscaba, no encontraba ningún guerrero entre aquellas gentes. Sólo personas con harapos o rotas vestiduras.

—¿Es posible que esta ciudad sólo sirva de refugio a la Miseria? —se preguntó—. ¿No habrá más gentes que las que mis ojos ven, sucias y ajadas, vistiendo ropas harapientas y reflejando la angustia y el dolor en sus rostros?

—No —oyó que alguien le contestaba. Donar se volvió sorprendido y se encontró ante un joven rubio que le miraba con fijeza—. Los que aquí ves, Extranjero, sólo somos los esclavos de los Baljak, condenados a sufrir esta esclavitud durante el resto de nuestras vidas, tras haber sido raptados de nuestros hogares.

—¿Cómo sabes que soy extranjero? ¿No hablo tú mismo idioma?

—Sólo has de mirarte —respondió el joven, conteniendo a duras penas una burlona sonrisa—. Tus ropas están limpias y nuevas. Nadie iría por estas calles con tales ropas. Además, tu forma de hablar... Pareces un Legislador. Si te viesen los Baljak, te apresarían al instante.

—¿Y qué puedo yo hacer para ocultarme de esos seres...?

—Ven conmigo, Extranjero. Mi casa está abierta a todo el que necesite ayuda. Sobre todo si se halla en peligro de ser detenido por la raza que nos oprime.

Y echaron a andar hacia uno de los edificios de mármol, casi destruido por completo.

La puerta original de la entrada había sido sustituida por una enorme losa de piedra que había que quitar empujando, para poder entrar. Dentro, todo eran escombros excepto algunas cosas que eran aprovechadas como mobiliario.

La vivienda era grande, y en ella vivían tres familias, compuestas, todas ellas por marido y mujer. Una de las familias tenía un hijo, casi un bebé recién nacido que apoyaba su ávida boca sóbre el sonrosado pezón de uno de los exuberantes pechos de su madre.

Al entrar ellos en la casa, todas las miradas se dirigieron hacia los recién llegados. Una chica rubia de generosos pechos y amplias caderas, oculto todo ello por unas sucias pieles, se acercó. El acompañante de Donar dijo:

—Extranjero, ésta es mi compañera, Dalia... Y ésta es mi casa. Dalia —se dirigió a su esposa—, prepara algo de comer para nuestro invitado. Es nuevo y aún no ha encontrado hogar.

—Nos sentiremos honrados de tenerle algún tiempo con nosotros —sonrió la opulenta joven.

—Soy yo el honrado ante tan generosa ayuda hacia un pobre extranjero que no posee ningún amigo en esta tierra olvidada por los dioses. Me sentiré feliz hallándome en tan gratas compañías.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Dalia, mirando fijamente el rostro de Donar.

—Donar es mi nombre —respondió éste.

—Donar... Dime —dijo, ya tuteándole—. ¿De dónde procedes?

—De un lugar muy remoto —respondió, sonriendo con benevolencia—. Se puede decir que mi hogar está tan lejos como las mismísimas estrellas que tachonan estos cielos.

—Quizás yo lo conozca. También vengo de lejanas tierras.

—No, no puedes conocerlo pues mi patria está tan lejos que ni recorriendo todo este planeta llegarías a ella.

La muchacha sonrió, sin comprender.

—Si dices que está tan lejos... ¿Cómo has llegado aquí? La última

expedición de caza salió hace poco y ya regresó. Y tú dices que acabas de llegar.

—No han sido esos sucios asesinos los que me han traído —se ensombreció su rostro—, sino que he venido por mi propio pie, con intención de vengarme...

* * *

—¿Venganza? ¿Es ella la que te ha traído hasta aquí desde tus lejanas tierras? —preguntó Koral, el joven que le ofrecía su casa, una vez solos.

—Sí, ése es el motivo de que esté ahora junto a vosotros —respondió Donar, sombrío, con voz grave y el ceño fruncido—. Por una venganza sobre guerreros de vuestra raza.

—¿Guerreros? Los únicos que hay aquí son los Baljak. Nosotros sólo somos esclavos que obtuvieron mediante el saqueo.

—Entonces, son dos Baljak las víctimas de mi venganza. Dos Baljak a los que debo encontrar.

—Los Baljak viven en la zona mejor conservada de esta ciudad. Allí podrás encontrarlos pero los esclavos tenemos prohibido el acceso a esa zona. Si entrases allí, serías ejecutado al instante.

—Entonces, habré de esperar a que se presente mi oportunidad. No me importaría pasar el resto de mi vida en este lugar con tal de encontrar la satisfacción de poder abrirles un boquete de oreja a oreja a esos dos asesinos.

—Todos los Baljak son unos asesinos —argumentó Koral.

—¿Tan mal os tratan?

—No, no pueden permitirse el lujo de tratarnos mal pues nos necesitan como mano de obra para la restauración de la ciudad. Pero son en nuestras mujeres donde ellos desahogan sus sucios instintos, además somos sus esclavos, sin ningún derecho y traídos aquí a la fuerza —dijo el joven, colérico.

—¿Y por qué no os levantáis en armas contra vuestros opresores?

—Hemos pensado muchas veces en esa solución, pero la gente teme. No quieren lanzarse a una empresa que saben que está perdida de antemano.

—Cuando un hombre desea ser libre, ha de luchar por su libertad, aunque termine muriendo —dijo Donar, recordando su propio

ejemplo.

—Nadie tiene el suficiente valor como para lanzarse contra los guerreros Baljak. Si alguien lo tuviera, si alguno de nosotros se erigiese como caudillo de nuestra causa... estoy seguro de que los demás le seguirían has ta la misma muerte —suspiró Koral.

—Si lo que os hace falta es un caudillo, un hombre que os lleve contra los Naljak, que efectúe los planes de ataque... ya lo tenéis —respondió Donar, sorprendiendo a Koral con su comentario.

—¿Tú...?

—Muchas veces he luchado por mi libertad. Una vez más, no importa —se encogió de hombros.

—Tú no has sufrido la esclavitud de los Baljak.

—No importa. En mi largo viaje (mucho más largo de lo que podéis sospechar) he aprendido las ventajas de ayudar a los demás.

—Y... ¿serías capaz de dar tu vida por nosotros?

—Sí —respondió Donar—. Ya tenéis al hombre, ahora faltan los medios.

—¿Medios? ¿Para qué?

La voz llegó de espaldas de Donar. Sorprendido, giró la cabeza, encontrándose con unos ojos azules que le miraban intensamente.

—Dalia... —dijo Koral, emocionado—, por fin nuestros sueños podrán hacerse realidad. Donar ha accedido a capitanear la rebelión.

Donar miró los altos edificios de piedra marmórea que se conservaban intactos. Torció el gesto, disgustado. Allí vivían los Baljak, la raza que se dedicaba a obtener esclavos mediante el rapto.

Anduvo por las empedradas calles, sin rumbo fijo, buscando un lugar solitario donde poner en orden sus pensamientos, el caos que llenaba su mente.

Entonces, oyó ruido de estridentes cometas.

Muchos de los transeúntes que andaban por aquella calle se pararon, mirando fascinados la comitiva que venía hacia ellos.

Donar preguntó a uno de los que estaban a su lado:

—Buen hombre, ¿qué es esa comitiva?

—La reina...

E hincó sus rodillas en tierra, lo mismo que todos los demás esclavos de los Baljak, en actitud de sumisión.

Cuatro animales robustos y peludos, del tamaño de caballos, llevaban un lujoso palanquín de dorado metal. A los lados del

paladín había largos velos que tapaban lo que había en su interior.

Diez guerreros como los que él viera en otra ocasión, en el exterior, protegían a Su Majestad con sus afiladas armas.

Torvas miradas se posaron en él, que no mostraba la actitud de un esclavo.

El guerrero que parecía el jefe de la guardia gritó:

—Tú, esclavo... ¿Es que no has oído que ante ti está tu reina?

—Una vez, sólo una vez en toda mi vida, acepté dejar mi libertad y ese oscuro momento todavía llena mi alma de vergüenza infinita. No volverá a suceder —dijo Donar, desafiante.

—¡Hinca la rodilla, perro! —chilló el guerrero.

—Ven tú, si tienes arrestos, a hacérmela doblar ante tu reina.

—Probarás el sabor de mi látigo, sucio esclavo —silabeó, colérico.

—Muchos antes que tú lo intentaron y sigo sin conocerlo.

Ciego de ira, el guerrero lanzó su negro látigo, momentos antes arrollado a su cintura, contra la arrogante figura. El látigo, para su sorpresa, pasó bajo los pies de Donar, tras un prodigioso salto de éste.

Esta vez, cuando Donar volvía a estar en el suelo, el soldado no usó el látigo sino que, rugiendo, se lanzó sobre él. Un puño de granito se estrelló contra su cara, tras esquivar el ataque con una ingeniosa finta. El guerrero mordió el inexistente polvo de la calle.

De nuevo el guerrero se levantó con intención de lanzarse sobre Donar cuando una orden, dictada con poderosa voz de mujer, le detuvo.

—¡Alto, Shel! Tu reina te lo manda. Detén tu furia y escolta al valiente esclavo hasta mi residencia, sin que sufra el más mínimo rasguño.

Esta vez fue Shel, el guerrero, el que hincó la rodilla.

—Tus deseos son órdenes, mi Señora.

—Cumple lo que he dicho.

Shel volvió la vista hacia donde estaba Donar, el esclavo que había osado desobedecerle. En sus ojos se leía la venganza y su voz sonó alterada por la cólera al decir:

—Ya has oído a la Reina, esclavo. Síguenos y no temas. No sufrirás daño alguno.

*   *   *

—Eres bravo, Donar, y un buen luchador —dijo Nerea, la bellísima reina Baljak, de agraciado cuerpo digno de una diosa pagana de las más idealizadas mitologías estelares. Su rostro, como esculpido en porcelana, estaba lleno de belleza, desde sus grandes y rasgados ojos negros hasta sus jugosos y rojos labios, pasando por su fina nariz.

Todo su cuerpo, sus formas opulentas y generosas, sus tentadores pechos, su fina cintura y sus largas piernas, estaba cubierto por gasas.

En verdad, era un ideal de mujer. Lástima, pensó Donar, que fuera la reina de los Baljak.

—Aprendí a luchar hace mucho tiempo —respondió Donar.

—¿Y quién fue el que te enseñó, hermoso esclavo de cabellos negros?

—También vuestros cabellos son tan negros como los míos, mi señora, y mucho más hermosos, como toda vuestra persona.

—Ah, ahora me tratas como si fueras mi esclavo. —observó Nerea.

—Es vuestra hermosura la que me ha cautivado. Soy esclavo vuestro, de vos como mujer, pero no como reina. Jamás seré esclavo de alguien que desee esclavizarme. Sólo me humillo ante la belleza.

—Me conformo con eso —sonrió la reina y continuó—. Veo que os expresáis muy bien, como si fueseis culto. Y también veo que lo hacéis con fluidez.

—Me sale del alma, mi señora. No hace falta saber de Ciencias ni de nada parecido para saber hablar.

—Decís verdad. Y, a fe mía que me sorprendéis. No parecéis un esclavo ignorante. Pero no habéis respondido a mi anterior pregunta.

—Repetidla.

—¿Quién os enseñó a luchar?

—Su nombre no importa. Sólo debéis saber que se halla demasiado lejos.

—¿Dónde? No importa lo lejos que esté. Mis hombres le buscarán por todos los helados rincones de este mundo.

—Mucho me temo que no se halle en este mundo de eternas nieves.

—¿Muerto, quizá?

—Si así queréis llamarlo —se encogió de hombros.

—Una lástima —suspiró Nerea—. Podría haber instruido a nuestros hombres en. las artes de la lucha. Pero, como ya es imposible...

—Con toda modestia he de informaros que todos los conocimientos de mi maestro ahora los poseo yo. Y podría, si vos aceptaseis, instruir a vuestros guerreros.

Y Nerea, la reina, aceptó. Quería que sus guerreros fuesen invencibles y por eso, fue capaz, por primera vez en su vida, de integrar a un ser que consideraba inferior entre los miembros de su raza: los Baljak. Pero antes, naturalmente, tenía que cerciorarse de que las técnicas de lucha de Donar eran superiores a las de sus soldados.

Por esa razón, Donar hubo de pasar la Prueba. Y la Prueba consistía en una lucha a muerte entre dos hombres: Donar y el más fornido guerrero que tenían los Baljak, un bravo y forzudo hombretón de piel azulada llamado Leen.

El combate, según la propia Nerea, tendría lugar en la calle que pasaba ante el palco de su residencia.

—Desde allí veré la lucha —le informó—. Si vences, dejarás de ser esclavo de la reina y pasarás a serlo de la mujer, siendo sólo mío. Pasarás entonces a ser, además, general de mi guardia personal, e instructor de las tropas. Pero si, por el contrario, fracasas... morirás a manos de Leen.

Horas después, se celebraba el combate. Por aquella calle no pasaba ni una sola persona pero los edificios estaban atiborrados de gente que miraban por las ventanas, vitoreando a su campeón.

Desde su alcoba, Nerea miraba hacia los dos campeones, sin expresión alguna en su rostro. Sin embargo, en su interior, deseaba que Donar ganase y sus ojos la traicionaban.

Los dos contendientes se miraron fijamente, sin rencores. Nada tenían el uno contra el otro y, aunque Donar no quería matar, sabía que no le quedaría otro remedio pues Leen, una vez dada la señal, se lanzaría sobre él con intenciones asesinas.

No hacía viento pero Donar sintió una gélida corriente que le llegó hasta los huesos, tras atravesar la metálica armadura que cubría su pecho y espalda.

Los clamores de la multitud cesaron. Ambos miraron hacia la alcoba de la reina, que gritó con voz poderosa:

—¡Que comience la lucha!

CAPITULO VI

Y la lucha empezó...

Como Donar había temido, así sucedió. Leen, el fornido guerrero Baljak con el que debía enfrentarse, enarboló su ancha espada de doble filo.

Parecía haber sufrido una espantosa mutación. Su rostro estaba contraído por la furia y en sus ojos chispeaban sus sentimientos homicidas.

Donar arrojó su espada a un lado, dispuesto a vencer a su antagonista sin necesidad de armas.

Nerea, al ver la acción del que ella consideraba un valiente y hermoso guerrero, sintió que su corazón daba un brusco vuelco en su pecho.

Leen rugió, seguro ya de su victoria, y se arrojó, espada en alto, contra Donar.

La afilada espada pasó rozando su brazo derecho al esquivar el feroz ataque. En el mismo movimiento, proyectó su pierna izquierda contra el vientre del guerrero, golpeándole con dureza, pero sin hacerle gran daño debido a su armadura.

Sin embargo, aprovechó el instante de aturdimiento de su adversario para golpear su mandíbula con un seco puñetazo que le hizo trastabillar, pero no caer, gracias a su fortaleza.

El golpe de Donar le mandó tan lejos que tuvo tiempo suficiente para recuperarse y volver a la carga.

Leen, no cabía duda, era fuerte como un árbol fosilizado. Pero Donar había pasado muchos años de su vida entrenando su cuerpo para poder convertirse, él solo, en todo un ejército. Estos años hicieron de él una persona importante en una de las Brigadas de combate del Sistema.

Aquellos recuerdos, mezclados con los de un cadáver de muchacha, le espolearon. Hasta entonces había tratado con delicadeza a Leen, procurando no dañarle demasiado, pero aquello se acabó…

La reacción de Donar dejó estupefactos a todos los espectadores, seguros de que sucumbiría al ataque del Baljak. Sin embargo, no fue así.

Sus músculos se tensaron, sus venas se abultaron. De su frente brotó sudor y su mente borró todo lo que no fuera aquel combate. Mientras, la espada de Leen trazó un arco que terminaría segando la garganta de Donar.

Nerea palideció, demudada por lo que veía. Parecía que Donar se había quedado paralizada. Sin embargo, no era así. Cuando la espada estaba a punto de cortar su cuello, Donar se agachó. La metálica hoja cortó algunos de sus cabellos.

Lo que pasó fue tan rápido que nadie dio crédito a lo que veía. Donar, agachado, apoyó sus manos en el suelo y lanzó ambas piernas hacia el mentón de Leen. Sonó un espeluznante crujido y de la boca de éste brotó sangre.

Sin pararse, Donar se puso en pie y golpeó la muñeca armada con el canto de la mano. Leen lanzó un aullido de dolor y la espada voló lejos de él.

Luego, Donar saltó, dándole una doble patada en el rostro.

Leen, con la cara ensangrentada, cayó al suelo, inconsciente. Y

Donar se lanzó sobre él, dispuesto a matarle.

—Donar —oyó decir a Nerea—, perdona la vida a ese infeliz. Has demostrado que eres el mejor guerrero.

* * *

—Espero que las heridas no sean muy graves —dijo Donar, sombrío.

—No temas —respondió Nerea, sonriendo—. Sus heridas se curarán pronto. Y él, aunque con el orgullo herido, está contento de haber sido derrotado por un guerrero como tú. También espera que le enseñarás tus conocimientos sobre el arte de luchar.

—Lo haré —prometió Donar—. Es lo menos que se merece.

—Venciste y, como prometí, serás general de la guardia e instructor.

—Exactamente, es lo que prometisteis, mi señora.

—No, también prometí otra cosa —dijo, y ante sus oíos, se desnudó, mostrando todos los encantos de su glorioso cuerpo.

Sus pechos estaban enhiestos, sus pezones, vibrantes.

La mirada de Donar recorrió el cuerpo de aquella mujer que se le entregaba. Sus ojos recorrieron cada uno de los más recónditos puntos de Nerea, perdiéndose, como anclado por un imán irresistible, en la negrura de su entrepierna.

Nerea se acercó aún más a él, cogiendo sus manos y colocándolas sobre sus macizos globos de carne. Donar acarició sensualmente aquellos pechos de exquisita miel y su boca se pegó a la de Nerea. Sus lenguas se encontraron, en amorosa lucha, excitándolos aún más.

Las ardorosas manos de Nerea abrieron las calzas de Donar para acariciar más tarde la intimidad masculina.

—No, Nerea —gimió Donar—. Aquí, no... Vamos a otro sitio.

Nerea obedeció, cogiéndole de la mano y conduciéndole a su lujosa alcoba temblando de excitación, segura de pasar una noche inolvidable con aquel potente macho que la volvía loca en sus sueños eróticos.

Se acostó sobre la mullida y blanca cama, abriendo sus piernas todo lo que podía. Donar no dudó ante la agradable invitación y, sonriendo, la poseyó.

La reina Baljak, al sentir dentro de sus entrañas la masculinidad

de Donar, creyó morir de placer y se agitó lúbricamente bajo el nervudo cuerpo, colaborando activamente en las amorosas acometidas del macho y facilitando el coito.

* * *

Donar sonrió al ver, junto a él, a la desnuda Nerea. Dormía profundamente, con una sonrisa en sus labios, satisfecha por aquella noche de intenso amor.

No queriendo importunarla, se levantó silenciosamente. Nerea se agitó en el lecho pero no despertó.

Se vistió rápidamente, poniéndose su nuevo uniforme de guerrero y ajustándose el metálico casco.

Salió de la alcoba y se dirigió a la salida de las habitaciones reales. Una vez fuera, no tardó en salir del edificio.

De nuevo las vidriosas paredes de la esfera que encerraba la ciudad emitían la luz que interrumpió durante la noche artificial.

Su dorado casco y el ave metálica que tenía sobre él brillaban de forma singular.

Recorrió una vez más las calles de la gigantesca urbe, saliendo de la zona residencial de los Baljak y adentrándose en los barrios de esclavos.

Todos los que le veían pasar le miraban asombrados.

Oyó entonces, al pasar cerca de un desierto callejón, un ahogado grito.

Intentó taladrar la oscuridad con su mirada pero todo lo que vio fue tres figuras moviéndose en las sombras. Una de ellas estaba sobre una cuarta figura tendida en el suelo, que luchaba contra lo inevitable.

Sin dudarlo ni una sola vez, corrió hacia el callejón, gritando:

—¡Hijos de una zorra del infierno, soltad a la mujer!

Los tres violadores se volvieron y Donar vio brillar tres cascos bajo la acción de algún perdido rayo de luz. Uno de ellos lanzó un gutural alarido y le arrojó una daga. La esquivó, pero, al mismo tiempo, recordó una acción similar, en otro escenario.

Aquella daga..., ¿no la habría lanzado la misma mano que le hizo cobardemente una herida en la espalda, ya cicatrizada?

No tuvo tiempo de averiguarlo pues los tres violadores, tras

reconocerle como el hombre que había vencido a un campeón Baljak en lucha y desarmado, prorrumpieron en cobarde huida.

Donar tendió una mano a la débil víctima de los instintos de aquellos hombres. Sus ropas estaban destrozadas y, dificultosamente, trataba de ocultar sus pechos al hombre que la había salvado, seguramente temiendo haber caído de la sartén al fuego.

Donar, adivinando la zozobra de la muchacha, dijo:

—No temas, no te voy a hacer ningún daño. Deja que te lleve en mis brazos y así tu pudor no se verá herido.

La muchacha, confiando en la dulzura de sus palabras, se dejó coger por aquellos poderosos brazos que la levantaron como a una pluma.

Donar procuró ocultar los pechos de la chica con su propio cuerpo, mientras ésta se abrazaba fuertemente a él. Sintió su aliento en su oreja y muy cercanos los tentadores labios.

—¿Vives lejos?

La muchacha asintió con la cabeza y dijo, anticipándose a la pregunta de Donar:

—Vine aquí para visitar a un amigo llamado Korel.

—¿Korel? ¿Y para qué querías ver a Korel?

—¿Le conocéis? —preguntó asombrada la muchacha de azules ojos y rubios cabellos que llevaba en sus brazos.

—Fuimos amigos —respondió Donar.

—¿Vos, un soldado Baljak, amigo de un esclavo?

—Hace poco que soy soldado de Nerea, la ardiente reina de los Baljak, pero no soy de su raza.

—No os creo.

—Pues te digo la verdad.

—Pues sigo sin creeros —repitió la muchacha, con un mohín de escepticismo.

—No importa —dijo. Y continuó caminando directamente hacia la ruinosa vivienda de Korel, entre otras aún más ruinosas dentro de aquella ciudad que debería estar muerta.

Miró de nuevo a la joven exultante de encantos femeninos que tenía entre sus brazos, disimulando una ojeada a sus jóvenes y macizos pechos desnudos, para luego mirarla directamente a los ojos glaucos. Y, sin poder resistirlo, besó los cálidos labios que se hallaban junto a su boca. Pero, por miedo a causar de nuevo temor a

la muchacha tras el ataque sufrido anteriormente, no se atrevió a continuar.

Caminó aún más aprisa y no pudo ver los ojos de la muchacha que, encendidos por el deseo, parecían pedirle que continuase con sus caricias.

No tardó en llegar a su destino y, sin más demora, golpeó la losa de piedra marmórea que cubría la entrada con su bota, escuchando, poco después, pasos apresurados y el característico roce de piedra contra piedra que le anunciaba que estaban abriendo el paso.

Le miraron con desconfianza, sin reconocerle. Pero él sí que los reconoció y no le extrañó la reacción de Korel, que entornó sus ojos al descubrir la identidad de la muchacha que él llevaba en sus brazos.

—Lenny... —susurró, arrebatándosela con brusquedad—. ¿Qué te ha pasado, muchacha...? ¿Te ha... violado? —Y, al decir aquello, se fijó en Donar, contemplándole con ira mal contenida.

Y fue entonces cuando Korel le reconoció. Miró con extrañeza a su amigo, endureciéndose aún más su expresión.

—Donar... —silabeó, con los dientes apretados—.

Entonces... fuiste tú. TU, tú te has vendido a los Baljak... Tú combatiste al campeón para ser ingresado en sus filas... Me preguntaba quién sería el traidor pero jamás pensé...

—¿Es ésta la bienvenida que da un amigo a otro cuando este último trae la solución a los problemas del primero? —preguntó Donar.

—¿Qué quieres decir? —se animó de pronto el rostro de Korel, con la esperanza de que los actos de Donar tuviesen una causa justa como la libertad.

—Sabes bien lo que quiero decir. ¿Me permites...? —preguntó, señalando el interior del derruido edificio que servía de hogar para tres familias.

Korel asintió, invitando a Donar a entrar, que no se hizo de rogar pues no deseaba que nadie salvo los interesados escuchasen la conversación. Donar vio, dirigidas hacia él, intensas miradas de recelo. Incluso le miraba el pequeño muchachito que su vigorosa madre sostenía en brazos.

—¿Y bien Donar...? —apremió el joven anfitrión, dejando en el suelo a la rubia belleza de carnes prietas y deseables que momentos

antes salvó Donar, que se acercó aún más a los hombres con intención de escuchar la conversación, sin importarle en absoluto mostrar sus desnudos pechos.

* * *

Unos días más tarde partía de la ciudad edificada en el subsuelo una nueva expedición de caza de esclavos, consistente en diez hombres que debían separarse en cinco grupos que recorrían una vasta extensión de terreno, tras la nevada que acababa de amainar. En ella iba Donar que, como general de la guardia, se vio forzado a salir para mejorar los procedimientos de captura de sus hombres.

Tras salir del subsuelo mediante lo que ellos llamaban la Conexión, que en realidad eran unos tubos neumáticos de expulsión que servían para lanzar a los hombres hacia el exterior, junto con los materiales, desde una edificación ubicada en uno de los extremos de la ciudad, se pusieron en marcha con cinco destinos diferentes pero todos con la misma misión: conseguir esclavos y saquear sus viviendas.

Los trineos avanzaban rápidos, cortando la nieve con sus patines y emitiendo el ronquido de sus motores, cosa que asombró a Donar pues creía que sus conocimientos científicos no eran tan grandes.

El primer día, tras mucha distancia recorrida desde que salieron, no encontraron nada. Por lo menos, su grupo, en el que iban él y un joven barbilampiño demasiado presuntuoso y lleno de orgullo racial, que no paraba de darle la tabarra con su continuo monólogo patriótico.

Tras la agotadora marcha, cuando ya oscurecía, acamparon al lado de un bosque de extraños árboles de hoja blanca que, sin duda, estaban perfectamente aclimatados a su medio ambiente. No eran muy altos, pues Donar y su joven compañero, puestos uno encima del otro, llegaban a la copa, donde destacaban entre las blancas hojas unos frutos amarillos de rara ternura.

Donar cogió uno de aquellos frutos, acariciando su tersa piel con los dedos desnudos y obteniendo una grata sensación que le dejó relajado por completo. Se sentó bajo el árbol de donde cogiera la fruta y, sin quererlo, su mente comenzó a vagar entre las lejanas estrellas que llenaban el cielo, alejándose en la Distancia y en el Tiempo, llevándole hasta los momentos más felices de su vida, en su

juventud, cuando nada le importaba el Sistema y vivía contento en la pequeña casita que sus padres tenían lejos de la capital, al lado de un bosque como aquél, pero con árboles mucho más grandes. Entonces, con su pequeñez, se sentía grande y libre. Y fueron aquellos pensamientos los que le llevaron, cuando se percató de la realidad de su vida, a luchar por la libertad, convirtiéndose en un Renegado.

Renegado…

Esa palabra podía sonar mal para muchos hombres pero él sintetizaba todos los ideales que él tenía. E incluso allí, en aquel lejano mundo en que estaba condenado a permanecer por el resto de sus días, seguía sintiéndose un Renegado, peleando siempre por su libertad. Incluso allí, Tejos de su mundo natal, la Tierra, seguiría luchando por lo que era suyo.

—¿Interrumpo las meditaciones de mi general?

Volvió la cabeza y, al descubrir el origen de la voz, a punto estuvo de soltar un sonoro taco que, sin duda, nadie hubiera entendido. Pero, como la madre de aquel pelmazo nada le hizo nunca, optó por musitar para sí las dudas que tenía acerca de la masculinidad del muchacho.

—Sí —afirmó, por fin, algo seco—. Pero, como ya no hay remedio, será mejor que dediquemos todos nuestros esfuerzos a nuestras más inmediatas labores. Es decir, que tú ahora mismo te dormirás y yo vigilaré. Luego, cuando la noche ande por su mitad de tiempo de oscuridad, te despertaré para que me reemplaces.

—Obedeceré, ya que no me queda otro remedio —dijo, bostezando ruidosamente. Y se marchó hacia el trineo, cogiendo unas mantas para arroparse momentos más tarde, con evidentes intenciones.

Donar también cogió una manta, arropándose en seguida pues el frío seguía creciendo a medida que pasaba la noche.

No tenía ganas de volver a sentarse y se adentró en el pequeño bosque, mirando receloso a cada uno de los lados. Se volvió, al escuchar un chasquido entre unos níveos árboles. Era todo lo que necesitaba para ponerse en guardia.

De pronto, se relajó. De entre aquellos árboles vio salir al autor de los ruidos y no pudo evitar una sonrisa.

Vio el pequeño cuerpecillo de abundante pelaje rizado, caminando sobre sus cuatro patas provistas de pequeños

almohadones carnosos que impedían que hiciera ruido al caminar y las retráctiles uñas se hallaban ocultas. Por un momento, al ver los relampagueantes ojos amarillos, temió hallarse ante una bestia parecida a la que le atacó en su planeta, pero su tamaño descarta esa posibilidad.

Los pequeños ojillos se fijaron en él y sus triangulares orejas se dirigieron al frente. Un maullido lastimero, como los que él oyera repetidas veces en los bosques que visitaba durante su infancia, brotó de la garganta del animal, acuciada sin duda por el hambre.

A los animales que habitaban los bosques del planeta Tierra y emitían tales sonidos se les llamaba «gatos». El jamás vio ninguno pero sabía que debían parecerse mucho al animal que tenía delante.

Donar se acercó con lentitud, procurando no asustar al desconfiado felino. Su mano se acercó al pequeño hocico y el gatito la olisqueó, alzando aún más su enhiesto rabo, por si era comida. La desilusión fue mayúscula pues su instinto le decía que, aunque aquel gran animal con aspecto de simio sin pelo y embutido en la gruesa manta podía ser comestible, no debía morderle por temor a las posibles represalias.

El pequeño felino comenzó a rascar su peludo lomo con la mano de Donar, cuya sonrisa se acentuó: Con delicadeza, cogió al hambriento animalito y lo llevó hasta el trineo, de donde sacó unos pedazos de carne que entregó al confuso animal. Este, volvió a arrimar su áspero hocico, olfateando. El olor debió agradarle bastante pues engulló el filete de dos bocados y alzó su cabeza hacia Donar, mirándole con tristeza.

—¿Quieres más, eh? Bien, toma... —Y le entregó otro filete. Y luego otro, y otro... hasta que, al final, lleno por completo su estómago, rechazó lo que le ofrecían.

* * *

Nerea, la bellísima reina de los Baljak, se sorprendió al ver aquel peludo animal en los brazos de Donar.

Este sonrió y dijo:

—Te lo he traído para ti.

—Oh, no —rechazó ella—. Estoy segura de que me arañaría con sus aceradas garras.

—A mí no me ha hecho nada aún. Pero del que no puedo decir lo mismo es de mi compañero de expedición… Al día siguiente de encontrarle yo, cuando fue a acariciarle, le arañó en pleno rostro.

—Sí, estos insignificantes animalejos son muy traidores y a todo el que intenta cogerles, debido a su indudable belleza, le atacan con saña.

—Pues yo le cojo y ni protesta…

—Cosa muy rara… —asintió, pensativa—. Pero, en todo caso, no le acerques demasiado. Por cierto, ¿qué tal ha ido la expedición?

—Mal —respondió Donar, con un disgusto que no sentía—. Sólo uno de los grupos consiguió llegar hasta una cabaña deshabitada.

—Sí, las cabañas están muy distanciadas entre sí y son pocas las veces que se consiguen esclavos —afirmó.

Donar, mientras, colocó al animal sobre uno de los cómodos sillones forrados con piel. El gato, de pelaje gris oscuro, libre de las grandes manos del terrestre, reaccionó de un modo extraño.

Pareció darse cuenta, entonces, de la presencia de Nerea, a quien no vio antes por las continuas caricias que Donar le prodigaba y que le obligaban a cerrar sus amarillentos ojos. Miró con pavor a la reina Baljak y su lomo se arqueó con agresividad. Los pelos que le recorrían la espalda se alzaron, dando un aspecto terrible al antes dócil animal, y soltó un bufido espeluznante, echando luego a correr desenfrenadamente.

Donar trató de agarrarle pero fue imposible. El aterrorizado animal se perdió entre las habitaciones reales y no pudo dar con él.

* * *

Korel se inclinó ante el pedestal que sostenía la imagen de una hermosa mujer, la diosa que dio esperanzas a los oprimidos por la raza Baljak.

Él era un fiel devoto a todo lo que significaba aquella imagen: Justicia, Amor, Libertad… La sensación que le asaltaba cuando se hallaba cerca del pedestal era como una promesa de la diosa, que respondía sin palabras a las suplicas que hacía.

—Mi Señora, por todos los demás dioses, te ruego que ayudes a los que te aman con toda la fuerza de su corazón. Te pedimos algo que tú puedes llevar a cabo. Pon fuerzas en el corazón de nuestro

aliado extranjero, Donar, el hombre que apareció de repente en esta ciudad como si tú misma le hubieses enviado. Ayúdale a que su plan dé resultado y nosotros podamos ser libres.

No supo si lo que oyó después era producto de su imaginación o si de verdad sentía en su interior una voz llegada desde mundos remotos, desde ignotas galaxias más allá del Tiempo y del Espacio, pero lo cierto es que escuchó:

—No temas, Korel, porque desde mi encierro veo y escucho todo lo que está pasando. Y juro que reuniré todas mis fuerzas para que Donar tenga éxito en su empresa. —Y añadió—. Soy yo la que ruego que todo se lleve a cabo como el Extranjero ha planeado. Sin embargo, temo... Donar duda. Se halla entre dos caminos diferentes. Duda entre Nerea, la bella y traidora reina del pueblo Baljak, y los ideales que siempre defendió, desde que se le llamó Renegado en su lugar de nacimiento, entre las más lejanas estrellas, hasta que llegó a tu mundo por error, un error que agradezco de todo corazón.

—¿Las estrellas? —preguntó Korel, atónito, intentando descubrir el origen de aquella voz que se metía en su cerebro—. ¿Vino Donar, como tú misma, de las estrellas? ¿Es, acaso, un dios?

—No, Korel, pero tampoco entenderías lo que es, como tampoco entiendes lo que soy yo. Pero, por favor, háblale, dile que estoy aquí, tan cerca suyo que incluso podría tocarme —oyó decir a la «voz» sin sonidos, pues parecía que nadie más que él lograba escucharla, con una angustia que sobrecogió su corazón. Y, como si jamás hubiese existido, dejó de escuchar a la que él creía que era su diosa.

No podía saber que era un ser condenado a sufrir un horror sin fin y que le pedía ayuda.

CAPITULO VII

La Torre de la Ciencia.

Según Nerea, era la fuente de sabiduría del pueblo Baljak. Allí estaban encerrados todos los conocimientos de la misteriosa raza que antaño habitó aquella ciudad, ya caduca.

Los secretos de una civilización extinta se le abrirían ahora como las hojas de un libro. Esa fue la razón de que aceptase la proposición de la reina acerca de visitar el edificio más alto de la urbe, hecho igualmente de brillante mármol, y que se presentaba ante sus ojos como un titán mitológico.

Las puertas de metal se abrieron por métodos que Donar conocía

bastante bien, pero que asombrarían a los que desconociesen la existencia de aquel lugar. Sin embargo, procuró no desencantar a Nerea fingiendo asombro.

Todo el edificio estaba lleno de extraños aparatos que probaban que allí existieron seres con una gran evolución tecnológica. Había computadoras, armas de gran poder destructivo que los Baljak no se atrevían a usar pero sí a investigar y muchos más artefactos de complicado diseño y desconocidas propiedades.

Cruzaron diversos pisos del edificio, contemplando las diversas computadoras e ingenios cibernéticos que allí existían. Un guía ataviado con un traje de brillo metálico, muy parecido al que él usó como traje de vacío al huir de Wond, les iba explicando las utilizaciones de los aparatos, la mayoría de ellos electrónicos.

Donar se limitó a formular algunas preguntas sobre su utilización, procurando no demostrar demasiados conocimientos sobre la materia.

Por fin, llegaron a una amplia estancia muy iluminada. Donar quedó estupefacto ante lo que veía. Un enorme aparato lleno de centelleantes luces de diversos colores llenaba casi por completo la estancia.

—¿Qué es...? —preguntó, sorprendido.

—Se trata del aparato más complejo que existe sobre la superficie de este planeta —respondió el guía—. Aún no hemos logrado averiguar con exactitud cuál es el límite de su poder pero lo que sí sabemos es que es el centro neurálgico de la Torre y puede controlar todos los ingenios electrónicos construidos por la raza que ocupó este planeta hace milenios.

—¿Qué raza es ésa?

—Una raza que, según las propias manifestaciones de este Supercomputador, cuya memoria de archivo contiene todos los secretos de dicha raza, llegó millones de años atrás, procedente de un lejano planeta que, sin duda, ya no debe existir. Ese planeta se llamó Tierra...

La revelación dejó a Donar tan sorprendido que abrió la boca tanto que llegó a temer rozar el suelo con su barbilla. Tartamudeó, atónito:

—¿Has dicho... Tierra?

—Sí, ése fue el planeta de procedencia de los seres que habitaron

este mundo hace milenios. Al parecer, hubo una hecatombe en el suyo y tuvieron que esparcirse por el Cosmos, en busca de astros habitables. Unos pocos de los supervivientes llegaron a este helado mundo, que seguía su curso natural de evolución y, pese a las inclemencias climáticas, se adaptaron a la perfección, creando grandes urbes en el interior de la tierra que flotaban dentro de las burbujas de cristal que las rodeaban. Ciudades donde todo lo hacían las máquinas y el hombre se dedicaba a disfrutar de un mundo al que había dominado. Crearon... un paraíso dentro del infierno.

Donar, por fin, comprendió muchas cosas de aquel extraño mundo donde le había tocado vivir. Por eso, hizo una pregunta que para los otros resultó ridicula:

—¿Trajeron animales consigo esos hombres?

—No —respondió el guía científico—, pero es muy interesante esa pregunta. Efectivamente, no trajeron animales consigo pero lograron tales conocimientos sobre la vida que crearon seres a partir de otros muy diferentes. Por ejemplo, los gatos que habitan las selvas... Los crearon a partir de toda una serie de grandes felinos que pululaban por estas tierras.

«Entonces —pensó Donar— ésa es la razón del por qué me aceptó a mí. Veía en mí a un auténtico terrestre. »

—¿Sólo construyeron una ciudad en nuestro mundo? —preguntó, tras una pausa.

—Repetidas veces enviamos hombres para que buscasen otros vestigios de su civilización —respondió esta vez Nerea—, sin demasiado éxito.

—¿Y nosotros? ¿Dónde encajamos en todo esto? Quiero decir... ¿Somos descendientes de los hombres de la Tierra?

—No, nosotros evolucionamos a partir de una forma de vida perteneciente a este planeta. Unos animales parecidos a los que ellos llamaban «simios» pero con mínimas diferencias. Esas diferencias son las que han provocado que nuestra piel reaccione con mutaciones respondiendo al estímulo radiactivo que provoca la luz originada por la burbuja de delio, metal originado por diferentes aleaciones.

—Y, claro, ahora nosotros vamos a utilizar todos los conocimientos científicos de estos hombres que ya sólo son polvo, por lo que parece —dijo Donar, con marcada ironía—. Porque habrán desaparecido por alguna razón, ¿no?

—Sí, al parecer fue un fallo en esta misma máquina —señaló a la Supercomputadora— que provocó toda una reacción en cadena. Pero nosotros averiguaremos dónde está el fallo y lo arreglaremos, siendo los herederos de los terrestres.

Donar sabía, sin embargo, que los habitantes de aquel planeta aún no estaban preparados para disfrutar de tales conocimientos. Y la vehemencia con que el guía pronunció aquellas últimas palabras hizo que un escalofrío recorriese su espalda, sólo con pensar en el terrible poder que los Baljak tenían en sus manos. Poder para esclavizar. Poder para destruir...

* * *

—¿Dices que... que Donar, nuestro buen amigo Donar, viene de las estrellas, igual que la diosa? —preguntó Dalia, clavando sus ojos en los de su marido.

—Sí, sé que suena a locura, pero... es verdad. Donar HÁ LLEGADO DESDE LAS ESTRELLAS. Y eso explica muchas cosas. El... Él es diferente. Jamás vi a nadie que tuviese su valor y, gracias a su forma de luchar, logró derrotar un campeón Baljak... ¡sólo con sus manos!

—Pero... eso no quiere decir que sea un dios.

—No, la diosa me dijo que no, lo era. Sólo que llegó a este planeta por error. También... también me dijo que le avisase.

—¿Avisarle? ¿De qué?

—Me dijo que le explicase que ella estaba aquí.

—¿Ella?

—La diosa —aclaró Korel—. Al parecer es una especie de Enviado de los Dioses cuya misión es recuperar su cuerpo.

—Entonces... hemos de llevarle hasta ella.

* * *

—Y esto... ¿Qué es? —preguntó Donar, señalando una gran máquina conectada a un casco por medio de electrodos, cuando salieron de la cámara del computador que dirigía todo aquello.

—Aún no lo sabemos bien, pues hay palabras terrestres

archivadas en el Supercomputador que aún no hemos logrado entender por completo. Pero, según esos archivos, se trata de un psicoproyector. Una máquina para castigar a los criminales.

—¿Un... psicoproyector?

Y, entonces, los recuerdos afloraron a su mente. Y recordó. Recordó los tiempos anteriores a la Rebelión que llevó a la independencia de los planetas: la época del Gran Imperio.

Uno de sus sistemas de castigo, el más temido de todos, según los archivos del Sistema, era, precisamente... los psicoproyectores. Máquinas muy complejas, capaces de transformar la energía bioelectrónica de cualquier ser vivo en un destello de luz perdido entre las dimensiones.

Fue entonces, precisamente entonces, cuando comprendió. Pero no tuvo tiempo de hacer nada, de continuar engañando a sus anfitriones. No tuvo tiempo para nada.

Una voz se alzó, potente, entre todos los que allí estaban. Y Donar supo que había sido descubierto cuando vio al guerrero que gritaba, con una cicatriz en su barbilla y la daga en la mano.

—¡El! —gritó—. Cuando peleó contra Leen me pareció conocer aquella forma de luchar y me ha bastado ver su cara para reconocerle. ¡El, el guerrero Donar, no es quien dice ser! ¡Nunca fue esclavo!

Nerea se volvió hacia el guerrero, fulminándole con la mirada.

—Es verdad, mi señora. Estuvimos a punto de capturarle en una expedición y peleó como un demonio por su libertad, causándonos, a mi compañero Keest y a mí, graves heridas. Pero yo logré herirle en la espalda y lo creimos muerto, igual que a su compañera. Seguramente ahora está aquí para vengarse.

—Es verdad, reina Nerea. Jamás fui esclavo —corroboró Donar— y vine aquí a vengarme de ese sucio violador y asesino —señaló al guerrero que habló antes—. Pero ahora, no sólo tengo a mano mi venganza, sino que también lucharé contra vosotros hasta el fin por conseguir la libertad de vuestros esclavos.

—¡Prendedle! —gritó la reina a los dos soldados que la acompañaban.

—No tienen ninguna posibilidad contra mí, Nerea, y lo sabes bien. Lucharé contra todo el que se interponga en mi camino y venceré pues nadie puede con las artes marciales que llegué a

dominar en la Tierra.

—¿La Tierra? —preguntó Nerea, sorprendida.

—Sí, Nerea, soy terrestre, miembro de la raza que vosotros pretendéis imitar.

—Está loco —se atrevió a decir el guía científico—. Los terrestres desaparecieron de este mundo hace muchos cientos de años. ¡Es imposible que este hombre sea terrestre!

—Pues lo soy. La Tierra —explicó— también albergó supervivientes tras la Gran Hecatombe, supervivientes que tuvieron que empezar de nuevo, desde cero. Pero, tras millones de años, lograron crear todo un Imperio. Un Imperio que duró tanto como la mismísima raza humana. Pero llegó un día que se produjo la Rebelión, tras la decadencia, y el Imperio desapareció, teniendo un nuevo atraso cultural y tecnológico la raza humana. Muchos planetas fueron colonizados pero ya nunca más se supo de ellos. Y entonces, llegó el Sistema, una forma de gobierno tiránica contra la que yo he luchado toda mi vida.

—Entonces... es cierto —tartamudeó Nerea.

—Sí —dijo Donar, con voz potente—. Y ahora yo, Donar, de nuevo Renegado, seguiré luchando contra la opresión y a favor de la libertad.

—¡Prendedle, vivo o muerto! —volvió a rugir la reina Baljak—. Se ha convertido en nuestro enemigo.

No tuvieron tiempo ni para moverse. Donar se lanzó proyectado sobre ambos guerreros y los derribó con sus poderosos puños, convertidos ahora en demoledoras mazas.

Décimas de segundo después, estaba ante el guerrero que violó y mató a la muchacha con la que convivió durante toda una semana, en el exterior.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Donar, tranquilo.

—So... Soimir —respondió, tembloroso.

—Bien, Soimir... ¡A tu salud! —Y, antes de que el guerrero pudiera defenderse con su afilado puñal, le machacó la entrepierna con ambos puños, obligándole a emitir un doloroso aullido.

—Así no volverás a violar a nadie —silabeó Donar.

Fue fácil salir de la Torre de la Ciencia. Nadie esperaba en aquellos momentos lo que luego ocurrió y eso fue un factor decisivo para Donar, pudiendo escapar sin ninguna dificultad.

La confusión reinaba por doquier y, cuando todos se recuperaron de la sorpresa, era imposible pararle. Todos los que se pusieron en su camino fueron derribados con la misma facilidad con que un huracán arrasaría un campo de trigo.

Había empezado la verdadera batalla, la lucha contra la tiranía y el primer combate estaba ganado.

* * *

La patrulla pasó ante la puerta sin sospechar nada. No podían saber que tras las losas pétreas que cubría la entrada de aquel edificio se ocultaba el nombre al que perseguían, un hombre que, en aquellos momentos, tenía su oído derecho pegado a la losa, escuchando la conversación de los soldados Baljak.

Cuando éstos se encontraban lejos ya, Donar se volvió hacia su amigo Korel, que le contemplaba intrigado.

—Han dado órdenes de vigilar día y noche la ciudad y capturarme vivo o muerto —aclaró.

—Entonces... ¿es el momento? —preguntó Korel, con el ceño fruncido.

—Sí —respondió Donar, tan torvo su gesto como el de su compañero—. ¿Son muchos los que nos ayudarán?

—Todos los que estemos aquí... y otros diez. Los demás temen que nuestro plan fracase y no quieren morir en el empeño de algo que consideran imposible.

—Si fuese posible, sólo nos salvaríamos los que luchásemos por nuestra libertad y dejaríamos a los demás en la esclavitud —habló, apretando los dientes con furia—, ¡No se merecen la libertad!

—¿Cuándo hemos de empezar?

—Ahora mismo —respondió.

Korel le miró de una forma que se le antojó extraña y le preguntó, de sopetón:

—¿Es cierto que vienes de las estrellas?

Respingó, no sin motivo, pues nadie más que los presentes en la Tierra de la Ciencia durante su confesión sabía que provenía de un mundo remoto llamado Tierra.

—¿Por qué lo preguntas?

—Hay algo que Dalia quiere enseñarte. Acompáñala —respondió Korel enigmático.

*   *   *

Muy hermosa, eso sí, pero una estatua al fin y al cabo, Pero, aunque ésa fue la impresión que le dio, no pudo deshacerse de la sensación de que aquella hermosa escultura de plata, brillando bajo la luz del material que componía aquel mundo dentro de otro, tendida majestuosamente sobre un metálico pedestal y cubierta por un cilindro transparente, de blancos cabellos, tanto en su sedosa melena, que caía como una cascada de nieve sobre el metal del pedestal, como en sus blancas cejas y pestañas y en el rizoso vello de su femenino pubis perfectamente reproducido, gloriosamente desnuda pero sin lascivia ninguna, de juveniles senos erguidos rematados en unos plateados pezones, aún más brillantes que el resto del cuerpo, igual que sus labios, de proporcionada figura y rotundas caderas tras una delgada cintura, de largas y perfectas piernas y rostro sin par, formando un óvalo perfecto en torno a sus nevados cabellos, estaba viva.

Su pecho no se movía, ciertamente, pero seguía teniendo aquella sensación.

Unos cuantos esclavos de raídas ropas parecían adorar la imagen, humillados en tierra.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó, volviendo su mirada hacia la rubia y exuberante Dalia, que le había llevado hasta aquella calle—. Yo no estoy interesado en conocer vuestros dioses.

—Te haría mucho bien conocer nuestras creencias, Extranjero —respondió ésta.

—¿Por qué me llamas Extranjero? Mi nombre es Donar.

—Porque lo eres, ¿no es cierto? Según ella, llegaste de las estrellas, de otros mundos —señaló la plateada estatua.

—¿Ella? ¿La estatua?

—Es algo más que una mera estatua. Es Fe, nuestra diosa.

—¿Fe? —un escalofrío dio inseguridad a sus palabras.

—Bueno, en realidad, cuando hace años vino a visitamos no quiso decirnos su nombre. Sólo nos dijo que teníamos que luchar por lo que era nuestro, por lo que creemos. Lee —señaló el pedestal. Había una inscripción allí grabada que decía: «Yo soy la Fe y a mí debéis seguirme para que os muestre el camino de la Verdad, para que busquéis vuestro propio Destino y la Felicidad»—. Esas fueron sus

palabras. Y ésa es la prueba de su paso por nuestro mundo: su propio cuerpo.

—Dioses… —musitó Donar—. Por fin. Tras tantas calamidades, encontré el objeto de mi búsqueda. La razón por la que he viajado por el Cosmos durante tanto tiempo. Llegué a creer que todo ocurrió por casualidad pero veo que me equivoqué. He encontrado al atormentado ser que quise salvar —hincó sus rodillas en el duro pavimento y señaló el plateado cuerpo de mujer que descansaba en su urna cristalina—. Esta hermosa criatura… ¿Y para qué…? ¿Para contemplar su inerte cadáver?

Todos los presentes le miraron, con la incredulidad reflejada en sus sucios y delgados rostros.

—Donar… —le llamó Dalia, apretando su hombro con su delicada mano—. Hemos de irnos. Los soldados de Nerea pueden venir por aquí de un momento a otro.

—¡No, antes debo hacer algo! —gritó—. Aunque a vuestros ojos me convierta en un sacrilego… He pasado demasiado por su causa.

Y, antes de que nadie pudiera evitarlo, sacó su espada y la descargó sobre la urna transparente que cubría el glorioso cuerpo desnudo, rompiéndola en cientos de afilados fragmentos. Algunos alcanzaron el cuerpo plateado pero, para su sorpresa, no causaron ni el más mínimo rasguño en su piel. Cuando la alzó en sus fuertes brazos, supo que aquel cuerpo de tersa y cálida piel plateada, no era una estatua.

Echó a correr con la inerte mujer en sus brazos, seguido de la exuberante y maciza Dalia y de toda una horda de vociferantes seres que pedían a gritos el castigo del osado.

Sus piernas eran fuertes y pronto puso tierra de por medio entre ellos y las vengativas gentes. Dalia, agotada por la carrera, a pesar de su fortaleza, le pidió:

—Espérame, Donar. No puedo más.

Donar se paró y, sujetando a la plateada mujer con un solo brazo, agarró su mano, arrastrando con fuerza de ella. De esa manera, y a pesar de los traspiés de Dalia, llegaron pronto a su refugio.

Donar, agotado por el esfuerzo, dejó a la que ellos llamaban Fe sobre una mesa de piedra, ante la estupefacta mirada de hombres y mujeres.

—¿Qué has hecho, Donar? —preguntó Korel, sin comprender el

motivo por el que había puesto en peligro sus proyectos. Miró la desnuda y plateada figura y le recriminó diciendo—. Eso es sacrilegio. Las gentes estarán furiosas por haberles sido arrebatado el cuerpo de la diosa.

—Tú no puedes comprenderlo, pero ella es el motivo por el que estoy aquí, y ahora que la encontré, tras una larga búsqueda que no podrías ni imaginarte, no dejaré que me la arrebaten.

—Entonces, es verdad que eres un mensajero de los dioses enviado en su búsqueda.

—No, sólo soy un hombre. Un hombre nacido en un lejano lugar, más allá de las estrellas, que, por casualidad, supo del dolor de un ser atormentado, ella... —la señaló con la mirada—, y quiso ayudarla. Recorrí las estrellas en su busca, encontré un amor en el Cosmos y lo abandoné por ella. Y ahora... ahora está muerta.

—No está muerta, amigo mío —le consoló Korel—. Meramente abandonó su cuerpo para irse a otros mundos. Por lo menos, eso dijo Nerea al presentarnos su cuerpo intacto, sin ninguna herida, como ahora, y colocarla sobre el pedestal de metal para que la adorásemos.

Aquellas palabras, dichas con el único afán de consolar a un amigo, hicieron sobre Donar un curioso efecto. Sus ojos parecieron brillar por el entendimiento, su rostro se tensó por el furor, siendo visibles los músculos faciales, y dijo, con voz gélida y cortante como los vientos que azotan al planeta:

—Sí, amigo, tienes razón. Ella no está muerta pero tampoco se encuentra en otros mundos anunciando un mensaje de Paz y Felicidad. La mascarada terminó, el engaño ha sido descubierto y el combate va a empezar.

CAPITULO VIII

Fue aquella misma noche.

Nadie se lo esperaba. Y, mucho menos, los Baljak, concentrados por completo en la captura del hombre que les engañó, convirtiéndose, así, en su mayor enemigo.

Las órdenes de los guerreros que formaban las patrullas que deambulaban por la desierta ciudad eran de busca y captura de un nombre llamado Donar. Y, si ofrecía resistencia, su deber era matarle.

Pero algo ocurrió aquella noche que impidió que las patrullas pudiesen vigilar por las calles.

Sombras humanas se deslizaban en las penumbras, buscando el lugar adecuado.

Rostros encapuchados, completamente invisibles, se orientaban

hacia la relativa claridad de la noche.

Un grupo de hombres y mujeres encapuchados salieron de las zonas oscuras, cerca de un grupo de guerreros Baljak. En sus manos enarbolaban pesados pedruscos pertenecientes a los escombros de edificios destruidos.

El grupo, compuesto por cuatro personas, comenzó a lanzar las piedras alcanzando a varios soldados. Los golpes, contundentes, dejaban a las víctimas tan conmocionadas que sus compañeros optaban por no probarlos, comenzando una loca huida, en busca de refuerzos.

Vencido el primer asalto, el silencioso cuarteto siguió caminando entre las sombras, en busca de más Baljak.

Mientras, un grupo mucho más numeroso, se acercaba sigilosamente a la torreta de la Conexión...

* * *

No fue demasiado complicado para Donar llegar hasta la Torre de la Ciencia. Y aún más fácil resultó entrar en ella, internándose entre los laberínticos pasillos iluminados que cruzaban de lado a lado la Torre.

Por fin, llegó hasta la sala del psicoproyector. Cerca del complicado aparato había una camilla de metal, donde depositó el plateado cuerpo que llevó durante todo el rato en su hombro, con cuidado.

—Sabía que vendrías aquí —oyó decir a una dulce voz.

Donar se volvió, sobresaltado. Ante él surgía de las sombras la reina del pueblo Baljak, Nerea, envuelta en flotantes gasas, con su negro cabello cayendo sobre sus hombros perfectos.

—No intentes nada contra mí, Nerea. Sería peor para ti y para los que te acompañen —avisó el Renegado, frunciendo el ceño, preparado contra cualquier posible enemigo oculto.

Para su sorpresa, nadie le atacó.

—No he traído a nadie conmigo —sonrió Nerea—. Todos mis soldados están batiendo la ciudad en tu busca.

Y, silenciosa, se acercó a él. Miró, desde allí, el tendido y desnudo cuerpo de la mujer plateada.

—Sabía que fuiste tú quien robó a esta alienígena. ¿Por qué?

¿Qué significa para ti?

—Estoy aquí por ella. Vine con su ayuda.

—¿Con su ayuda? —rió burlona la Baljak—. Su tan cacareada existencia inmortal se acabó hace años, con ayuda del psicoproyector.

—Os equivocáis. El psicoproyector no mata, sólo arrebata el espíritu, enviándolo a una Dimensión Neutra. Pero jamás termina con una existencia.

—Veo que sabes más de lo que aparentabas cuando te presentaste ante mí como un vulgar esclavo.

—Yo jamás os mentí, sólo me aproveché de una confusión. Vos me tomasteis por esclavo.

—¿Por qué haces esto? ¿Nada significa nuestro amor? —interrogó, patética.

—Fuisteis vos quien, al parecer, se enamoró de mí. Yo no os declaré amor.

—Lo sé —se enfureció—. ¡Maldita sea, lo sé! ¿Y ahora, qué…?

—Si vos no tratáis de impedirlo, intentaré devolver la mente a este inocente ser —respondió Donar.

—Sabes que intentaré detenerte —y, sin que Donar pudiese reaccionar, se lanzó sobre él, inyectándole un líquido verdoso con una jeringuilla. Luego, se apartó, sonriente.

Donar miró con terror la vacía jeringuilla.

—Sucia arpía… —balbuceó sintiendo que se desvanecía—. ¿Qué…?

—No te preocupes, mi amor —respondió, burlona—. Sólo es una droga que te mantendrá inconsciente el tiempo suficiente.

De nuevo aquella luminosa blancura le rodeaba, llenando por completo todo lo que pudiera estar al alcance de su vista. La primera vez que estuvo allí, no sabía qué lugar podía ser aquél, pero ahora sí lo sabía. Estaba en la Zona Neutra, una Dimensión inmaterial, donde no existía ninguna concepción espacial puramente física.

Allí vagaban en una existencia sin fin los espíritus de los condenados imperiales, lanzados por aquella infernal máquina, el psicoproyector.

Miró su cuerpo, entre el vacío blanco, un cuerpo que sin duda no existía, pues era su alma la que allí estaba, siendo un producto de su atormentada mente, necesitada de una envoltura carnal.

Naturalmente, estaba completamente desnudo.

Vio entonces, junto a él, el ilusorio cuerpo de otro ser, de una mujer condenada, como él mismo, a vivir en aquel lugar por toda la eternidad. Sólo que, en aquella ocasión, la piel de aquella mujer no era plateada, sino como la suya propia y su pelo, antes blanco, ahora era negro como ala de cuervo, flotando entre la blanca luminosidad. Sin embargo, era la misma mujer. Estaba seguro de ello.

Ella sonrió, por primera vez en los años que llevaba prisionera.

—Sí, soy la misma mujer que viste en la tercera dimensión. Aquél era mi cuerpo, convertido en inmortal por procedimientos que jamás entenderías y por razones muy largas de contar. Pero, antes de adquirir aquella forma, yo era así, una mujer, humana como tú mismo. Y así es mi alma, aunque mi cuerpo sea diferente.

Donar se acercó a ella, cogiéndola por los hombros con dulzura y mirando sus azules ojos. Sus bocas se unieron en un apasionado beso.

—Al fin te encontré —sonrió Donar, después—. Tras muchas peripecias, estoy junto a ti. Quise sacarte de este tormento y, en vez de eso, estamos juntos en él, sin posibilidad de escapar. Por lo menos, estamos juntos para siempre.

—¿Es el amor la razón de que estés aquí? —preguntó ella, sin apartar su mirada de los negros ojos varoniles.

—Desde que vi tu cuerpo en aquella urna de cristal y lo comprendí todo, algo hermoso se desató en mi pecho. No sé si es amor o no. Sólo sé que quiero estar junto a ti. Eso es lo único que deseo.

—Amor mío… —musitó la joven de cabellos negros, Tembloroso su bello cuerpo—. Yo también sentí algo parecido cuando vislumbraste por vez primera este mundo, en tu inconsciencia. Pero aquella vez no podíamos vernos, ni tocarnos. Sólo presentir nuestros pensamientos. Supe, en ese momento, que había una esperanza. Y se ha cumplido porque ya no estoy sola. Ahora puedo vivir, amar… contigo.

Y se abrazó con fuerza a Donar. Una cristalina lágrima rodaba por su pálida mejilla.

Donar limpió aquella lágrima con sus propios labios.

—¿Cómo… llegaste aquí? —preguntó.

—Verás… Yo, como muchos de mi raza, tengo la misión de llevar mensajes de amor y paz a todas las criaturas del Cosmos que

encuentre en mi camino. A eso dedicamos nuestra existencia. Y eso hice durante toda mi vida, desde que fui elegida. Pero, al llegar a aquel helado planeta sin nombre gobernado por la raza Baljak, intentando hacer entrar en razón a esa raza, fui engañada. Me llevaron hasta su Torre de la Ciencia y me redujeron a la impotencia, colocándome en el llamado psicoproyector.

—Comprendo… Y, naturalmente, fuiste engañada por Nerea.

—Sí, Nerea cree con fervor que su raza es superior a cualquier otra y pretende usar los conocimientos de tus semejantes para demostrar esa superioridad.

—Sin embargo, si es así… ¿Cómo se enamoró de mí, si me consideraba inferior?

—También ella es mujer. Y el Amor es ciego, no tiene por qué escoger entre iguales.

—Eso es lo que me ha pasado contigo —musitó Donar, volviendo a despositar sus labios sobre la jugosa boca femenina, abrazándola con pasión, notando que aquel cuerpo irreal se estremecía entre sus inmateriales brazos.

Después, aquella muerta dimensión, conoció por vez primera el Amor.

* * *

La pesada puerta de la torreta de Conexión con el exterior cedió. Los cables eléctricos conectados a los cierres provocaron el cortocircuito, dejando inútil la cerradura electrónica y permitiendo la entrada de los doce enmascarados. Uno de ellos, Korel, dio mentalmente las gracias a Donar por su genial idea.

Contempló, ceñudo, los dos guardianes asesinados. No fue intención suya provocar esas muertes pero no hubo otro remedio.

Entraron en la iluminada torreta y pronto estuvieron ante la entrada del tubo neumático que les permitiría la huida.

—¡Bien, muchachos, la Conexión es nuestra! —gritó, alegre.

—¡Te equivocas, Korel, la Conexión sigue siendo nuestra! —se dejó oír una potente voz—. ¡Y vosotros, nuestros prisioneros!

Comenzaron a salir soldados Baljak por todas partes, rodeando a todos los rebeldes. Los dirigía una mujer, también encapuchada, como ellos. Pero pronto sus rasgos fueron visibles cuando se quitó la

máscara, revelando su identidad.

—Dalia… —gimió Korel, al contemplar el sonriente rostro de su rubia y opulenta esposa—. ¡Tú…! No puede ser… Tú no puedes habernos traicionado.

—Pues lo hice, mi querido esposo. Tenía que hacerlo. No podía permitir que un sucio esclavo hiciese daño a los de mi raza.

—¿Tu… raza?

—Sí, queridito… Soy Baljak. Una espía Baljak enviada para espiar al más peligroso de los esclavos. Con argucias conseguí que tú, pobre tonto, te enamorases de mí…

* * *

Nerea miró triunfante el pálido rostro del derrotado Korel, junto a varios soldados Baljak y a la traidora Dalia.

Korel los miraba con odio infinito. Las hubiera estrangulado si estuvieran solas. Pero se hacían escoltar por aquellos guerreros de azulado y hermético rostro.

Estaban en la Torre de la Ciencia, un edificio que sólo conocía por lo que le contó el ahora inerte Donar, que reposaba como muerto sobre una camilla, junto al plateado cuerpo de la que él consideraba una diosa.

Donar le contó todo sobre el aparato que tenía ante él, el psicoproyector, y también le hizo partícipe de sus temores acerca del porqué de la inmovilidad de la diosa plateada. Al principio, no lo creyó, pero ahora sabía que todo era cierto.

—Les harás compañía —rió burlona la reina Baljak, al ver su interés centrado en la máquina de castigo.

Korel no dijo nada. Miraba pensativo las armas que portaban los soldados de la guardia que rodeaban a Nerea. Eran de metal, con forma alargada y llenas por completo de complicados circuitos. Los cañones le apuntaban, amenazadores.

Korel jamás vio antes nada parecido pero sabía por Donar que aquellos artefactos, llamados «rifles», tenían gran poder. Le bastó una mirada para saber que el centelleante botón que tenían cerca de los dedos de los hombres serviría para accionarlas.

Entonces, ocurrió algo sorprendente que dejó a todos los presentes boquiabiertos. Los negros cabellos del inmóvil Donar

parecieron encanecer, adquiriendo todos ellos un color blanco, como los de la mujer que tenía a su lado. Incluso el vello de su pecho se tornaba como la escarcha.

Luego, su piel fue cubierta por una sustancia plateada que reptaba por todo su cuerpo, hasta que todo él se convirtió en una inmóvil estatua de plata, destellando a la luz de las lámparas que iluminaban la estancia.

Korel se sorprendió tanto como los demás pero aprovechó la ocasión para que las cartas se invirtiesen. Saltó con agilidad hacia uno de los confusos guardias, dejándolo inconsciente de un solo golpe y arrebatándole su fusil.

Nerea se dio cuenta de la acción y dijo:

—Suelta el arma, Korel. No sabes usarla.

—Eso es lo que tú piensas —replicó el joven rubio. Y, cuando ya las armas de la escolta real le apuntaban, apretó el centelleante botón de su rifle. Un destello rojizo brotó del arma, alcanzando a un soldado.

El destello le acertó en pleno pecho, abriéndole un humeante boquete del que salía hirviente sangre oscura. El soldado apenas tuvo tiempo de gritar y, con un gemido ronco, se desplomó.

Volvió a apretar el botón incluso antes de que el cadáver alcanzase el suelo, acertando a Dalia en el estómago. La rubia traidora miró con ojos llenos de terror a su engañado marido y murió, casi al mismo tiempo.

Los dientes de Korel rechinaron cuando apuntó a la reina Baljak. Nerea le miró, aterrada. Sus soldados no se atrevieron a disparar contra el rebelde.

—Devuelve la vida a Donar o te mato —juró, entre dientes.

Nerea, temblando sus piernas por el pánico, se acercó al musculoso cuerpo plateado cubierto por harapos y colocó en su cabeza un casco con electrodos, igual que a la mujer.

—¡Soltad las armas! —gritó Korel a los soldados, mientras Nerea pulsaba unos botones del psicoproyector.

* * *

Korel miró los cristalinos ojos de su amigo Donar. Observó con veneración todos los cambios operados en su cuerpo y preguntó:

—¿Cómo... cómo es posible?

—El psicoproyector —sonrió Donar— sólo transforma en energía luminosa la parte pensante de nuestro espíritu. A pesar de ello, sigue habiendo una relación entre ésta y la envoltura carnal. Por eso, al operarse en mí una mutación psíquica, producida por alguna radiación mental emitida por... ella —señaló con la mirada a su sonriente compañera— que, seguramente, era la razón de los cambios físicos de su raza, también mi cuerpo mutó, transformándose en una forma parangónica a la suya.

—Así es —añadió la misteriosa y sonriente mujer, con cantarína risa.

—Y... ¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Korel.

—El primer paso hacia vuestra libertad está dado —informó el hombre plateado—. Nerea, gracias a nuestro poder mental, jamás recordará que fue una vez reina de los Baljak, igual que estos últimos tampoco se acordarán de nada. Y lo mismo sucederá con tus compatriotas, una vez nos hayamos marchado de aquí.

—¿Marchar?

—Sí... Yo, por lo menos, debo marchar a otros mundos —respondió la mujer.

—Por ahora —empezó Donar, cambiando de tema hemos de dar la buena nueva a tu pueblo. A partir de ahora, todo será duro. Si no queréis salir al exterior, podréis reconstruir esta ciudad y volver a resucitar el poder terreste. Pero, esta vez, será de una forma justa, sin esclavos.

—Así sea —añadió Korel.

* * *

—¿Vendrás conmigo, Donar? —preguntó la bella joven plateada, mirándole con sus ojos color agua, con dulzura, en la penumbra, allí, en una desierta estancia empleada como habitación, mientras sus amigos celebraban la libertad con ruido y alegría.

—Sabes que sí —acarició su mejilla con ternura—. Todo cuanto te dije es verdad y no me arrepiento de volvértelo a decir. Te amo.

—Oh, mi bello amor —suspiró ella—. Nuestra unión, en aquel universo inmaterial, fue hermosa. ¿Será igual si unimos nuestros cuerpos con Amor?

—Seguro que sí —respondió Donar, acariciando su plateado cuerpo desnudo, de virginal diosa pagana—. Pero antes, dime tu nombre.

—Yo no tengo nombre. Un nombre sólo sirve para identificar a una persona, para poder llamarla… Con la telepatía, no es necesario usar un nombre. Y nosotros nos comunicamos normalmente de esa forma.

El hombre no habló. Cuando ella terminó, unió su boca a la de ella, mientras acariciaba su cuerpo con sus nervudas manos, destellando por algún rayo de luz.

Sus brillantes labios se unieron en tierna caricia, combatiendo sus lenguas en amorosa pugna.

Momentos después, sus inmortales cuerpos se unían con el más grande amor que ser alguno en el universo pudiera imaginarse.

* * *

—¿Os marcháis? —preguntó Korel a Donar, mientras ellos y la bella mujer plateada se acercaban a la torreta de Conexión. Ya no vestían harapos sino finas y limpias prendas. Incluso la desconocida mujer cubrió su hermoso cuerpo con aquellas ropas.

Donar miró el tubo neumático.

—Sí, tenemos mucho que hacer. Y aquí nuestra labor terminó. Sin embargo, en otros mundos todavía necesitaban nuestra ayuda y ella precisa compañía. Conmigo, jamás se sentirá sola —respondió.

—Lo comprendo —bajó la mirada, apenado—. De todas formas, jamás olvidaremos lo que hicisteis por nosotros.

—Sí, lo olvidaréis —sentenció casi Donar—. Quizás alguno recuerde esto como una especie de sueño pero la mayoría lo olvidarán.

—¿Yo lo recordaré, aunque sea como un sueño?

—Estoy seguro de que sí. En fin, nada nos retiene aquí. Debemos marcharnos.

—Adiós, amigos —se despidió Korel.

Donar no dijo nada. Cogió la mano de su compañera de nevados cabellos y se dirigió hacia el tubo metálico, sin volver la cabeza, perdiéndose más tarde en él, camino del exterior.

* * *

El hombre plateado de blancos cabellos miró la vasta extensión de terreno nevado que se extendía ante ellos. El viento soplaba con fuerza y movía sus cabellos.

No sentía ningún frío, como su compañera. Por algo tenía el preciado don de la inmortalidad, de una vida eterna. Una vida que dedicaría por entero a llevar la felicidad a otros seres del Cosmos, viajando junto a su amor con la oculta nave en la que la plateada muchacha llegó a aquel planeta, desde lejanos mundos donde los hombres disfrutaban de vidas sin fin.

La nave estaba lejos pero lo que a ellos les sobraba era tiempo para encontrarla. Y, cuando la encontrasen…, partirían hacia las también eternas estrellas, fundiéndose con ellas, con destino a un remoto planeta que él conocía. Un planeta gobernado por la Ciencia, llamado Wond. Y, después…, la Tierra.

EPILOGO

—La situación es grave, caballeros —afirmó con énfasis el Primer Rector, Tseore, mirando a los otros cuatro hombres que compartían junto a él el gobierno del Sistema—. Desde la desaparición del Renegado y la Brigada que fue en su persecución, los conatos de rebeldía y deserción se hacen más numerosos. Nuestras tropas, por supuesto, responden con dureza a los rebeldes y los exterminan sin más dilación, pero el problema continúa existiendo. La huida del Renegado y la resistencia, cada vez más fuerte, de los Srennacs da ánimos a los descontentos.

—Sabemos todo eso, Primer Rector —terció, algo seco, el Rector Leroe—. Los detalles, por desgracia, los conocemos. Pero lo que necesitamos no es precisamente el recuerdo de la situación, sino soluciones.

—Eso vengo a ofrecer. La solución a los problemas.

—¿Cuál es? —quiso saber uno de los Rectores, aunque en realidad, todos pensaban lo mismo.

—La única posible: más dureza en nuestras acciones. Enviemos un gran contingente armado hacia los refugios de los rebeldes y exterminémoslos por completo. Acallemos la voz de libertad que

ellos promueven y habremos acabado con esta situación.

—¿Cree que ésa es la única solución, Primer Rector? —se escuchó una irónica voz tras ellos.

Sobresaltados, volvieron sus rostros y se enfrentaron cara a cara con lo insólito.

Allí, tras ellos, mirándoles desafiante tras un casco de brigada, había un soldado, vestido con el rojo uniforme del Sistema pero sin armas, totalmente desarmado.

Un par de subfusiles apuntaron, amenazadores, al desconocido brigada. El Primer Rector suspiró aliviado al ver a los dos soldados de guardia dominando la situación.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? Nadie puede cruzar los sistemas de seguridad de palacio —preguntó.

—Nadie… salvo yo, Primer Rector —respondió, burlón, el brigada —. La prueba es que estoy aquí.

—¿Quién es usted?

—Supongo que ahora tendría que decir mi rango, brigada y número de orden —ironizó el brigada de rostro invisible tras el oscuro cristal de su casco—. Sin embargo, creo que por mi nombre me conocerán mejor. Me llamo… Donar.

—¡El Renegado! —aulló uno de los Rectores.

—Así me llaman. Seguro que se estarán preguntando por qué he venido. La respuesta es bien sencilla: toda mi vida he luchado por la libertad y jamás me acobardé al querer conservarla. Por eso vine. Quiero terminar con el Sistema.

—Que loco… —rió Tseore—. Pensaba que usted sería más listo, Donar. Sin embargo, veo que me equivoqué. No sólo no acabará con el Sistema sino que acaba cíe facilitarnos el primer paso para acabar con las rebeliones: SU MUERTE. ¡Matadle!

Los dos subfusiles que apuntaban al Renegado escupieron la muerte por sus cañones y decenas de proyectiles se enterraron en el cuerpo de Donar, abriendo numerosos boquetes en su rojo uniforme.

Pasó algo increíble.

Donar ni se inmutó al recibir los impactos. No cayó derribado. Ni siquiera brotó sangre de sus heridas.

Los guardianes contemplaban, tan alucinados como los mismísimos Rectores, la completa inutilidad de sus armas. Y, al instante siguiente, sólo podían chillar aterrorizados al ver que sus

cuerpos se hacían más ligeros y se despegaban de la tierra, como sujetados en el aire por invisibles hilos, flotando en el aire, sin razón lógica aparente.

Donar se quitó el casco y quedaron libres sus niveos cabellos y su plateado rostro, mientras contemplaba con sus cristalinos ojos a los Rectores, que le miraban llenos de auténtico pánico.

—Sí, Rectores. Soy yo, Donar. Pero un Donar diferente al que ustedes perseguían hace cosa de un año. He cambiado y ahora tengo suficiente poder como para alterar el orden de las cosas. Y así ocurrirá en el futuro de la Tierra. Dentro de poco, dejará de existir el Sistema y mi poder mental borrará de sus mentes todos sus recuerdos, proporcionándoles nueva identidad y otra vida. La Tierra volverá a renacer una vez más y sus hombres crearán un nuevo gobierno, que espero sea mejor que el anterior.

Los Rectores parecían no escucharle. Sus ojos estaban en blanco y miraban hacia un punto concreto, sin ver.

Durante unos instantes, Donar, el hombre de plata, estuvo en pie, sin hacer nada. Pero después, su cuerpo se vio envuelto por un fantasmagórico fulgor y, décimas de segundo más tarde, desapareció.

Mientras tanto, una intensa luz salía despedida hacia el espacio, abandonando la Tierra y fundiéndose con las eternas estrellas.

FIN

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TITULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABON PERDIDO, Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO, Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI, Rocco Sarto
4. MAS ALLA DE LA FRONTERA DE LA MUERTE, Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO, Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCEANO, Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE, Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO, Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS, Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS, Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA, Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA, Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA, Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS, Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA, Bab Fleming